

**BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA  
HISTORIA**

**MARIA PAULINA BOBADILLA GONZÁLEZ**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA  
MEDELLIN  
2014**

**BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA  
HISTORIA**

**MARIA PAULINA BOBADILLA GONZÁLEZ**

**Trabajo de grado para optar al título de  
Magister en Filosofía**

**Asesor**

**PBRO. ORLANDO ARROYAVE VALENCIA**

**Doctor**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA  
MEDELLIN**

**2014**

**Octubre 14 de 2014**

**María Paulina Bobadilla González**

“Declaro que esta tesis (o trabajo de grado) no ha sido presentada para optar a un título, a sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad” Art. 82 Régimen Discente de Formación Avanzada

Firma

---

## **AGRADECIMIENTOS**

Todo proceso investigativo obliga a quien lo realiza a dedicar gran parte de su tiempo en el arte de leer, analizar y crear por medio de la escritura; y todo esto no sería posible si Dios y la vida misma no otorga el tiempo necesario para hacerlo; al mismo tiempo el cariño y comprensión de quienes están en el entorno permiten hacer más comfortable el aprovechamiento de todo momento del día para dar continuidad a dicho proceso.

Es por esta razón que en primer lugar doy a Dios por la oportunidad de vivir este proceso formativo, a mis padres y hermana por el apoyo constante e incondicional para trabajar cada día y durante largas horas, al presbítero Orlando Arroyave por compartir todo su conocimiento y sabiduría, al Colegio Teresiano por permitirme aprovechar los diferentes espacios que alimentan el conocimiento y a mis amigos y compañeros por recordarme a cada instante lo importante que es terminar los proyectos que hacen crecer el espíritu.

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	7
INFLUENCIA DE LA NARRATIVA DE EDGAR ALLAN POE EN LA VIDA Y OBRA DE CHARLES BAUDELAIRE .....	14
CONCEPTO DE HOMBRE EN EDGAR ALLAN POE Y CHARLES BAUDELAIRE	32
CAMINANDO ENTRE LINEAS .....	53
CONCLUSIÓN .....	92
REFERENCIAS .....	98

## **RESUMEN**

La antropología se ha convertido en el eje principal de todo estudio acerca de la historia de la humanidad porque permite crear parámetros para entender los diversos espacios políticos, culturales, económicos, entre otros. Como es sabido, en la industrialización el hombre hace parte de la máquina y se convierte solo en un elemento de producción, creando una atmosfera de auto-desconocimiento que a su vez lo desvirtúa de la realidad que lo rodea.

Es así como, con el surgimiento del romanticismo y los diversos grupos de artistas, el hombre surge del humo de las fábricas para mostrarse tal cual es, a pesar de los esfuerzos de la clase burguesa por ocultar la variedad de realidades que se ofrecían a diario en las calles parisinas, y son esos artistas los que cada día estaban al servicio de la narración de la realidad. Dentro de esos contadores de historias se encuentra Baudelaire, un poeta que influenciado por el pensamiento americano de Edgar Allan Poe lleva el concepto de hombre, del siglo XIX, a una nueva dimensión al atreverse a denunciar el teatro que se vive bajo telones de pobreza, vicios y sensualidad, todos prohibidos por el glamour de la época y la moral de turno, la cual solo calificaba como aceptable aquello que el dinero pudiera aceptar.

## **PALABRAS CLAVE**

Antropología, romanticismo, poesía, Baudelaire, Poe, industrialización, *dandy*, realidad, naturaleza.

## INTRODUCCION

El rastreo de una vida ajena resulta casi complejo si deseamos seguir los pasos de quien, en su momento, quedó relegado al silencio y la soledad. Charles Baudelaire fue un hombre y caminante que dedicó sus años a la observación y descripción de realidades que lo circundaban; fue un hombre lector de grandes obras e intérprete de historias, que vivió sus días momento a momento, siempre cuidándose de ser fiel a lo que era la realidad.

Con lo anterior es necesario reconocer que una lectura de Baudelaire no es sencilla, obliga a un conocimiento de su época, espacio e influencia; en ocasiones genera inquietudes y en otros momentos propone ideas que dan lugar a nuevos aprendizajes, los cuales dejan al lector una sed de conocimiento y por ende una necesidad obligada de acercarse más a los textos para lograr comprender que es lo que vivía el autor en el momento en el que se animó a escribir.

Es necesario también reconocer como en su afán por retomar los valores clásicos y las ideas tradicionales se convierte en un gran representante del romanticismo, creando con esto a su alrededor una atmosfera en donde la naturaleza era un símbolo de gran importancia y el pensamiento la herramienta que lo aislaba de la realidad que lo circundaba, la cual para entonces giraba en relación a la modernidad y ésta a la industria.

Con este primer acercamiento se empieza a sembrar un deseo por buscar lo que está más allá de lo obvio, y el rastreo de esa vida con la que iniciamos esta introducción hace parte de la motivación que lleva a investigar acerca de un tema palpable y a la vez escaso; palpable desde el punto de vista en el que el hombre es el principal protagonista de los escritos de Baudelaire y escaso desde el momento en el que él mismo es inferido por el

autor entre el sinnúmero de correspondencias que plantea; entendidas estas como herramientas para elaborar una certera descripción de lo que se vive.

Como todo proceso de investigación, este camino a la antropología de Baudelaire no resulta sencillo, abre nuevas puertas en medio de la lectura y puede dar fin a muchas concepciones que creíamos tener; brindándonos otras esperanzas y aún más, ofreciéndonos conocimientos nuevos en campos poco explorados y por ende arriesgados a la hora de exponer, ya que es posible caer en un error: poner al poeta a actuar y pensar según nuestro criterio.

Con lo anterior es necesario aclarar que toda la investigación se ve permeada por el deseo de encontrar una definición concreta de hombre y sobre todo una concepción elaborada desde la voz de Baudelaire, pero al tener un enfrentamiento con la realidad, descubrimos límites que proponen un alto en el camino y al mismo tiempo la búsqueda de otra vía que dé lugar a más aportes para esta investigación.

Ahora bien, el deseo por esta indagación surge como continuación a una primera mirada a Baudelaire, la cual fue posible con la monografía titulada “El romanticismo, Baudelaire y las correspondencias: ¿Un cambio de pensamiento en el mundo moderno?”, trabajo que fue realizado durante los estudios de Licenciatura en filosofía y letras y dejó a su vez la puerta abierta para este proceso de formación, siempre con la idea clara de buscar la definición de quien fuese su autor y actor: el hombre.

En sí, esta investigación inicia con un primer planteamiento, el cual siempre estuvo con miras a la antropología y necesitó la lectura del contexto del autor, ya que solo así nos sería posible descubrir la influencia de terceros en su pensamiento. Es por esta razón que Edgar Allan Poe es el primer peldaño a comprender en esta encrucijada, porque aparece en la historia como una base sólida que fundamenta a nuestro autor, ya que es Baudelaire quien sirve como traductor de un americano que en su tiempo también creó revolución con sus publicaciones.



Después de conocer más sobre el “maestro” es necesario descubrir que líneas de su pensamiento son evidentes en nuestro autor, ya que así podemos definir que ideas pertenecen a uno y cuales al otro; y con esto crear una primera imagen de lo que fue Baudelaire, el cual llegó a ser acusado de plagio por su extremo parecido con aquel poeta que narró la sociedad del nuevo continente. Siguiendo este proceso es posible evidenciar algunas de las muchas similitudes que se descubren entre estos autores, momento de la investigación que da lugar a un primer capítulo titulado “Influencia de la narrativa de Edgar Allan Poe en la vida y obra de Charles Baudelaire”, dentro del cual encontraremos pensamientos, ideas y conceptos similares en los poetas, como a su vez descubriremos propuestas propias de Baudelaire, las cuales basan su veracidad en el hecho de ser ideas ausentes en el pensamiento de Poe.

En este primer momento de la investigación nos resulta necesario abordar no solo a los poetas sino también los escritos publicados de ellos, los cuales hacían toda una crítica en la que su intensión se concentraba más en cuestionar a la sociedad o para dejar una puerta abierta desde la opinión pública. Pretender ahondar en todo el material consultado nos resultaría en sí mismo una tarea compleja, ya que la variedad de opiniones hacen del entramado una colcha de retazos muy dispareja y por esto nos es preciso limitar la búsqueda de información a las similitudes y más concretamente a la influencia de Poe en Baudelaire en relación a lo antropológico.

Al continuar con la lectura de todo aquel material posible, percibimos una dificultad que es evidente frente al tema en consulta: la escases de material bibliográfico impreso, razón por la cual debimos iniciar una búsqueda en línea con las bibliotecas o editoriales cuyas publicaciones fueran accesibles desde la red y dar con esto otro paso más en el proceso investigativo para alimentar la información requerida y poder sacar de ello un producto claro y sobre todo en un lenguaje comprensible por aquellos que tengan poco bagaje en el tema, ya que la intensión primordial es lograr hablar de un poeta como Baudelaire con palabras e ideas sencillas y de rápida captación, porque la mayoría de la información

consultada presenta un lenguaje complejo y no accesible para todo aquel que desee conocer de Baudelaire sin antes lograr desenmarañar el lenguaje o las expresiones utilizadas.

Aclarado el inconveniente de la bibliografía logramos enriquecer el material de trabajo para el segundo capítulo, ya que la información se tornaba más clara con el avance de la lectura y era posible adquirir mayor información sobre lo que nos interesaban para entonces. Así la construcción del concepto de hombre parecía ser una tarea compleja, porque la información indiscutible era poca y la discutible muy abundante, dejando con esto al lector muchas puertas abiertas para la interpretación de los textos y aún más, del concepto como tal.

Es así como el segundo capítulo es llamado “Concepto de hombre en Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire”, en esta parte del proceso investigativo nos resulta necesario abordar poco a poco cada uno de los espacios en los que el hombre se desarrollaba, claro está, desde la visión de Poe y Baudelaire; con esto nos resultó casi obligatorio pasearnos por cada uno de los escenarios en los que ellos departían con las demás personas, tales como bares, calles, casa, zonas verdes, recintos para reuniones sociales y académicas, entre otros; y por asuntos inevitables en su vida: la religión, la sociedad, la política, la economía y las necesidades humanas, incluidas las más bajas, ya que fue ese el punto central de estos poetas. Su intención siempre fue clara: dar protagonismo a los personajes de la sociedad que viven ocultos por su labor o por el miedo implantado por la sociedad.

Con el proceso de investigación descubrimos que Baudelaire fue un denunciante de la miseria humana y un exaltador del carácter de divinidad del hombre, se convirtió en un observador silencioso de realidades dolorosas para luego dar ideas de quien era el hombre en su época, de cuál era su papel y sobre todo, cuáles eran sus mayores tentaciones; no en vano, se plantea la idea de que su poemario sería la narración de como el hombre vive a diario los pecados capitales, pero de esto hablaremos más adelante.

Retomando el tema referente a la elaboración del trabajo, más certeramente el de la escritura, se trató de agrupar las temáticas abordadas por Baudelaire, pero en algunas situaciones se retomaron ideas ya trabajadas con el fin de descubrir el lazo que da coherencia a toda la investigación, porque no solo podemos hablar de los roles que Baudelaire describió, sino también de los que él mismo vivió, ya que es de esta manera como un autor hace viva su escritura: haciéndola parte de su realidad y apropiándose de sus personajes, razón por la cual puede argumentarse que es él el narrador y principal actor de varios de sus poemas.

Así mismo, toda la construcción del concepto de hombre dio paso a una descripción de la propia vida del autor, la cual permea de manera directa esta definición porque nos enfrentamos a un poeta representante digno del romanticismo y que como tal buscaba la manera de retomar la tradición y no dejar perder el contacto y el diálogo con la naturaleza, hablando de los valores clásicos y sobre todo atacando la industrialización, movimiento que estaba empezando a manejar la sociedad moderna y le estaba brindando salidas más económicas y menos humanas a las diferentes circunstancias sociales.

Otro tema que encontramos en directa proporción con el hombre es la naturaleza, la cual durante la modernidad pasa a otro ámbito y llega más bien a ser un recurso agotable que genera ingresos económicos, por lo que empiezan a oírse las voces de protesta de aquellos ecologistas que desean cuidar lo que se les fue entregado por el creador. La necesidad de establecer un orden es primordial, pero la dificultad para escucharse es obvia; el hombre está de un lado para otro, claro está que nos referimos al hombre común, el de la cotidianidad, que es obrero, maquinista o simple un asalariado.

En este orden de ideas podemos ver la sombra de Paul Ricoeur, quien habla de una filosofía desde la reflexión, acción que interioriza Baudelaire a tal punto que la hace vida en su propia reflexión, porque logra entender el “Yo” desde los objetos que lo construyen y con esto descubre que la vida se basa en un aprehender del propio “Yo”, el cual se

manifiesta o se hace realidad desde sus deseos y la constante lucha por vivir, aunque en plena industrialización, podríamos hablar de una lucha por sobre-vivir.

En una última parte buscamos hacer palpable la realidad descrita en momentos anteriores, procedimos a tomar el poemario “Flores del mal” y abordar paso a paso los poemas allí escritos, los cuales a su vez son agrupados por el autor en diversas luchas que se le presentan al hombre: el *Spleen* e Ideal, como un duro camino para lograr alcanzar lo que se desea y al mismo tiempo para huir de lo que ata al hombre; los cuadros parisinos como una visión y al mismo tiempo descripción del París humano de Baudelaire; el vino como un factor embriagante del hombre para huir o afrontar su propia verdad; las flores del mal vistas como los diversos modos de destrucción humana; la rebelión como una revelación contra lo divino y un ataque contra el destino; y por último la muerte como la única salida de la miseria o la consecuencia del abuso de la vida.

Es este todo el recorrido que haremos por una vida llena de altibajos y desazones que genera más inquietudes que certezas, lo que puede llevar al lector a vivir desde Baudelaire su propia definición, ya que es posible sentirse, en algún momento de la vida, miserable o embriagado con sus propias alegrías; es esta investigación un recorrido que el lector podrá abordar con facilidad y siempre buscando caminos que pueden desarrollarse en un futuro, pero sin desconocer la humanidad del mismo y la amplitud del tema, pero sobre todo del autor.

Retomando la vida de Baudelaire desde la necesidad de su conocimiento para entender el sentido de la investigación, diríamos que es un poeta lleno de sorpresas que dan paso a constantes aprendizajes, razón por la cual podría decirse que posee teorías ricas en información y con inagotables opciones investigativas, es por esto que este trabajo presenta unos límites claros, porque el punto de indagación se concentró en rastrear el hombre que vive el autor y partir de esto para la concreción de un concepto, la verificación en unos textos y sobre todo la arriesgada tarea de definir al hombre desde un romanticismo que se obliga a vivir en la modernidad.

Ahora bien, así como se habla de la realidad de Baudelaire, es necesario escribir de nuestra propia realidad y contextualizar lo que tras bambalinas es la escritura de este texto, porque no puede decirse que es tarea sencilla; al igual que la vida de este poeta francés, se requiere de sacrificio y largas horas acompañadas del silencio de la noche para develar la realidad de las palabras escondidas en los largos textos. Resultan necesarias muchas palabras de aliento para no dar por olvidada la labor iniciada, palabras que seguramente necesito Baudelaire para no abandonar sus vida al primer rechazo social, son muchas las personas conocedoras de la realidad y pocas las que decidieron animar de cerca el proceso de escritura, tratando, desde el desconocimiento, ayudar a no desfallecer.

## **INFLUENCIA DE LA NARRATIVA DE EDGAR ALLAN POE EN LA VIDA Y OBRA DE CHARLES BAUDELAIRE**

Dos continentes separados por un ancho océano, dos idiomas diferentes, dos hombres contemporáneos amantes a la poesía, las letras y la vida bohemia, críticos de la sociedad, alcohólicos y disonantes en sus familias. Edgar Allan Poe, escritor, periodista, poeta y crítico estadounidense; Charles Pierre Baudelaire, crítico de arte, traductor y sobre todo poeta. No cabe duda que el reflejo del primero se dibuja de manera clara y precisa en el segundo, el cual señalado por plagio busca desesperadamente la manera de defenderse ante una sociedad acusadora.

Para este momento de la historia, Estados Unidos estaba adquiriendo tierras en diversos países del mundo, se dio la disputa entre el sur agrario y el norte industrial, sobre los derechos de los estados y la esclavitud; la economía nacional era la más grande del mundo y se perfilaba como potencia a nivel militar. Por otro lado, pero en la misma época, Francia se encontraba en una restauración de su monarquía tras la derrota de Napoleón, un replanteamiento de su organización política entre imperio, monarquía y república; se da un crecimiento económico y un gran comercio internacional. Ambas sociedades estaban en función del crecimiento de sus naciones, de una estabilidad económica y política, pero sobre todo de un acoplamiento del hombre a estas condiciones de vida.

Los espacios de estos dos escritores son distantes, pero muy similares; viven una época en la cual el legado, el dinero y las buenas costumbres son las herramientas necesarias para acceder a un círculo donde la sociedad democrática dictaba a su favor las leyes y las normas de comportamiento según la vida moral y la reflexión de la misma. En este contexto, la genialidad y el talento no iban de la mano; por el contrario, la búsqueda de un reconocimiento social era lo único que tenía un verdadero valor en aquellos que se vendían

tras la fama, el dinero y un lugar en sociedad. Así las cosas, no era posible que sobresalieran en ese tiempo, pues su estilo estaba por encima de lo que publicaban revistas y diarios de la época.

En vista de esto, el siglo XIX vivió una triste situación que se dio a causa de hechos de carácter complejo que dejaron de lado la intimidad del ser humano, intimidad que Poe no fue capaz de evitar y que, por el contrario, se sumergió más en ella ya que la encontraba en su realidad y disfrutaba al creer que la vida era hermosa y que la destrucción de lo que lo rodeaba era solo efecto de la muerte y la locura. Todos los símbolos de la literatura y de la vida misma se encargaron de mostrar a este autor y a su discípulo que el existir resultaba atroz y caótico, y que los sentimientos debían dejarse salir y canalizarlos, en cada caso, en las letras.

De familias desarmadas por las circunstancias del tiempo, ambos pensadores discutieron con la imagen de padre que el destino les dio, hicieron parte de las filas militares que luchaban por sobrevivir, viajaron y huyeron de casa. Los dos se refugiaron en las calles, los bares, el ambiente bohemio y los brazos de mujeres que cobraban por un poco de afecto. Señalados socialmente, criticados por sus contemporáneos y defendidos en vida por sus pocos amigos, esa fue la vida de dos espectadores de las escenas diarias que vivía el hombre en su despertar industrial y burgués en relación con el resto del mundo.

El instinto que los hace salir adelante, se abre ante sus ojos como un pozo en medio de los disturbios a los que ellos no eran ajenos, ya que su enorme sensibilidad frente a la naturaleza y la destrucción de la misma los hacía buscar constantemente la verdad instintiva que desconocían pero que los rodeaba. Frente a los más bellos paisajes de la naturaleza Baudelaire se identificaba con Poe por la inmensa soledad que experimentaban, esto se daba al reconocer que el hombre en el trabajo vivía eternas atmósferas de horror y depresión que resultaban del materialismo; por lo cual llegaron a convertirse en hombres, socialmente, borrachos.

Tenían un destino marcado, diferente a los que buscaban comercio y ambición y no eran señalados por nadie, y siguiendo su destino y lo que para ellos era su misión, escribían siempre con ganas de superación, olvidando lo que les iba sucediendo para poder continuar con la cabeza en alto. Todo parecía perdido y la posibilidad de ser rescatados de ese mundo en el que se estaban sumergiendo era nula, pero ellos estaban seguros de qué labor era traer al mundo una reflexión de la vida, la cual contemplaban a pesar de la mezquindad de los hombres.

Allan Poe, Baudelaire y los demás solitarios y bohemios de la época proclamaban sus pensamientos sin necesidad de esperar que los mecanismos del momento los llevara a la fama, ya que era inútil buscar un creador de nuevas ideas con alta dignidad literaria que no estuviera rodeado del martirio, la melancolía y afectado por las máquinas de imprenta que reproducían en serie ideas de otros para el presente y el porvenir, dejando de lado la posibilidad de innovar y disfrutar el latir de nuevas producciones; quedando solo con la opción de vivir en medio del drama y la apatía por lo cotidiano.

De esta forma los espacios que los rodearon dieron elementos a la configuración de su pensamiento. El gran valor que desconocieron de sí mismos los llevó a crear estilos nuevos de literatura en inmensos espacios del siglo XIX; con toda seguridad se manifestaron de manera que causaron desconcierto en los lugares que habitaron desde siempre: la casa, la familia, la escuela y sobre todo la calle. Ambos estuvieron rodeados de la historia y de los escritores que retomaban la belleza de la literatura clásica y estaban prestos a hablar de moralidad, servicio en sociedad y buenas intenciones; sin embargo, muchos de ellos ignoraban pequeños errores de redacción, lo cual denota que tomaban su profesión simplemente como un oficio e incluso, se convertían en simples compiladores de lo que leían de otros. Gran cantidad de mediocres en un mundo que espera el progreso materialista, holgazanes en sociedades anhelosas de vidas excitantes, de hombres grandes no por la metafísica, ni la belleza de sus ideas, tampoco por el rigor de sus comentarios o análisis y mucho menos portador de nuevos pensamientos; sino una caricatura que maneje el orden natural de lo que se le pide.



Toda esta situación social que enfrentaron los escritores del siglo XIX sirvió como elemento vinculante entre la realidad y las letras, porque resultó necesaria la acción de enfrentarse al mundo como lo hizo Baudelaire en su diario vivir, no sin antes tener presente que Poe tuvo la tarea de encarar esa serenidad y ese dramatismo esparcidos por América que se levantaban de su suelo como alteración de la imaginación y del miedo insuperable ante su grandeza y su irremediable soledad. Ante toda esta situación, ambos decidieron alejarse, pues les causaba rechazo, fastidio y repugnancia la actitud de lo cotidiano. Ambos fueron, son y serán poetas; es decir, hombres que se dejaron persuadir de la belleza y descubrieron que la verdad no es el objetivo del arte; cambiaron la verdad de lo que encontraban a su paso y buscaron reflejar en toda su obra la creación de un nuevo mundo, lejos de las costumbres de la sociedad materialista e inmersa en las contradicciones de la moral. Cumplieron entonces con el deber de crear, deber de todo artista, de sorprender al mundo con la comprensión y composición de lo que es original, llegando a un delirio que excitó los sentidos y dio paso a un nuevo mundo.

Son estas condiciones: la creación, la comprensión y la composición, las que hacen que el papel del artista en la sociedad se vea relegado a otro plano y que autores como Baudelaire y Allan Poe se vayan en contra de las ideas generalizadas por quienes tienen el poder. Es por esto que se aíslan de los espacios concurridos por aquellos que los señalan como personas extrañas e indignas de compartir una reflexión de cualquier índole.

Dentro de este grupo de personas aisladas por la sociedad se encuentran los filósofos como artistas de un saber diferente y quienes no se quedaron fuera de la mirada Baudelaire, ya que este se identifica con la idea que tiene Poe sobre estos extraños sujetos que aparecen con ideas menos argumentadas y más justificadas desde su propia realidad, la cual era permeada por el parecer de la generalidad de filósofos; en este orden de ideas, es posible plantear la relación entre el filósofo y la sociedad que propone Poe (1980)

El mundo está actualmente infestado por una nueva secta de filósofos, que aún no se reconocen como tal secta y que por tanto no han adoptado ningún nombre. Son los creyentes en todas las antiguallas.

## BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA HISTORIA

(...) El único vínculo de la secta es la credulidad; podemos llamarla demencia y no hablar más de ella. (...) Lo que esos filósofos denominan argumento es una manera propia de negar lo que es y de explicar lo que no es. (p.15)

Este tipo de explicaciones no tenían mucha coherencia en sí para la mayoría de personas, incluso para los propios escritores de cuentos y poesías; pero hacían parte de las letras no leídas por los integrantes de las grandes comunidades sociales americanas y mucho menos francesas. Los intereses de los lectores eran otros, los valores morales se estaban perdiendo y la atención de la sociedad estaba en las industrias que crecían sin control; la formación de los ciudadanos, incluidos Poe y Baudelaire, se veía influenciada por los intereses de aquellos que manejaban las sociedades, ya que solo se les enseñaban lo que ellos consideraban necesario. No podía permitirse que el ser humano descubriera en su entorno el grado de manipulación en el que lo estaban formando, pues se necesitaban ejércitos que produjeran ganancias y no que reflexionaran ante la pérdida del valor humano. Pero no todos los hombres aceptaban esta forma de vida, este ritmo de miseria en el que estaban siendo acomodados sin voluntad ni voz. Es así como muchos personajes de aquellos días pretendieron ir en contra de las normas y tratar de abrir los ojos a los que se dejaban llevar por las ideas de los mandatarios que buscaban ganancias para sí. Estos sujetos hablaban sin miedo de lo que ocurría, de temas cotidianos como la mujer prostituta que muere de alguna enfermedad venérea en una calle de Francia, del cuerpo que se descompone en un bar, del cuerpo que habla y se posa en una habitación; temas reales y en ocasiones imaginarios que mostraban el otro lado de la moneda que siempre se quiere ocultar. Locos, borrachos, sumergidos en las drogas, inadaptados, así fueron rechazados y aislados de los que tenían el poder y la facultad de descubrir que no decían del todo mentiras, que hablaban de lo que les contaban, de lo que vivían, de lo que aprendieron en las calles de las ciudades infestadas por el hambre, la locura y la deshumanización.

Baudelaire (1980) dice en uno de sus muchos textos sobre Edgar Allan Poe:

Será siempre difícil practicar la literatura, a la vez de modo noble y fecundo, sin exponerse a la difamación y a la calumnia de los impotentes; a la envidia de los ricos -¡esa envidia que constituye su

## BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA HISTORIA

pena!- y a las represalias de la mediocridad burguesa. Pero así como ello es difícil en una monarquía moderada o en una república regular, resulta casi imposible en una especie de Babel, donde todo el mundo, como guardián de la opinión, ejerce de policía en provecho de sus propios vicios -o acaso de sus virtudes, lo cual para el asunto es lo mismo-, donde un poeta o un novelista de una región esclavista es un autor detestable para un crítico abolicionista; donde no se sabe cuál es el mayor escándalo: la libertad del cinismo o la impasibilidad de la hipocresía bíblica. Quemar vivos a negros encadenados, reos de haber sentido en su moreno rostro el sonrojo del honor; disparar el revólver en una platea de teatro; instaurar la poligamia en los paraísos del Oeste, que los salvajes –termino que presenta un sabor de injusticia– no habían mancillado aún con esas vergonzosas utopías; anunciar en las paredes, sin duda para consagrar el principio de la libertad sin cortapisas, la curación de las enfermedades de nueve meses: he aquí algunos de los rasgos sobresalientes de las ilustraciones morales del noble país de Franklin, el inventor de la moral de mostrador, el héroe de un siglo consagrado a la materia. (p. 17)

En el caso de ambos la sociedad se la ingenió para señalarlos y esquivar de alguna manera la realidad que plasmaban sus plumas, aun así ellos continuaron con ideales, considerados por unos pocos, semejantes a ellos, como certeros y reales. La sociedad estaba segura de que el hombre que se sumerge en su intelecto está siempre en búsqueda de la verdad y en este proceso encuentra una pasión por la belleza que lleva al sujeto al deber, el cual es conducido por el sentido moral y esto era lo que no les interesaba. En el rastreo, es decir en la búsqueda de la belleza se encuentra un equilibrio entre el hecho de descubrir la verdad y vivir el deber; es tal vez, por esto que el hombre se desconcierta frente a los vicios, ya que producen en su vida o en la de los demás una desproporción en el equilibrio vital:

El vicio ofende lo justo y lo verdadero, encrespa la inteligencia y la conciencia; pero hiere más especialmente a ciertos espíritus poéticos en cuanto ataque a la armonía y en cuanto disonancia. No creo escandaloso considerar todo quebranto de la moral, de la belleza moral, como una especie de falta contra el ritmo y la prosodia universales. (Baudelaire, 1890, p. 22)

El deseo constante por parte de la sociedad por alejar al hombre de la perversidad y los vicios, la lleva a crear ilusiones que creen distracción, en especial en esos sujetos por los que existe un desprecio, aquellos que no se adaptan a las normas sociales, como Edgar

Allan Poe y Baudelaire; estas personas están siempre causando momentos de tensión por las expresiones de su inteligencia; como le ocurría a Rousseau con su sensibilidad de carácter rebelde.

Esta rebeldía también era considerada como salvajismo en un entorno antropológico, a partir de esto que resulta imposible plantear una relación coherente entre el hombre moderno y el hombre salvaje. Por su propia naturaleza, el hombre salvaje tiene un carácter enciclopédico, el cual también surge por necesidad; en cambio, el hombre moderno o civilizado está limitado en la especialidad que le interesa, sin permitir una permeabilización de otros aspectos de su propio contexto. Baudelaire, no es ajeno a esta realidad y lo plantea cuando pretende ver a Poe como un sujeto que renuncia a todos los lujos con los que soñó por continuar con su crecimiento espiritual, con la ampliación de su conocimiento en relación a su especialidad:

El hombre civilizado inventa la llamada filosofía del progreso para ofrecerse un consuelo en su abdicación y su decadencia; mientras que el hombre salvaje, que como esposo es tímido y respetado, como guerrero está obligado a la valentía y se siente poeta en las horas de melancolía, cuando el sol poniente inclina a cantar a los antepasados y al ayer, se aproxima a las fronteras del ideal hasta más cerca. (Baudelaire, 1980, p. 16)

Este espacio de civilización y salvajismo no está hecho para los poetas. Poe era consciente de esta realidad y podría creerse que muchas de sus publicaciones fuesen hechas adrede para mofarse indirectamente de la superioridad del hombre civilizado. Por ello renunció a su condición de americano en las cosas sencillas de la vida, procuraba entregarse a lo que la sociedad le exigía como poeta y se dio a la melancolía; daba a sus lectores suspiros que recordaban el cielo y lamentaciones del pasado. También, disfrutaba de la naturaleza y la colocaba de escenario en sus escritos, donde se daban combates entre el hombre moderno y el salvaje.

Hemos mencionado a grandes rasgos detalles que relacionan de manera indirecta a Edgar Allan Poe, poeta estadounidense del siglo XIX, y a Charles Baudelaire, poeta francés del mismo siglo. Pero es hora de tomar cada uno de esos sellos que los diferencia y al mismo tiempo descubrir lo que para muchos fue un plagio del segundo en relación con el primero, y profundizar en las ideas, la influencia y la visión de su entorno.

Es indispensable plantear que todo lo que rodeó a estos dos grandes escritores sirvió como elemento necesario para dar origen a una nueva corriente en el pensamiento del hombre moderno. El romanticismo y el naturalismo surgen como una nueva propuesta para el arte y desconfiguran los esquemas ya establecidos en los seres humanos, eliminan la idea de hacer las cosas en grupo y, por el contrario, hablan de analizar el mundo, la realidad y la naturaleza desde la individualidad del sujeto y en especial por aquellos que ya eran solitarios y tenían una visión individualista y reflexiva de su entorno.

Retomando nuestros autores, es Charles Baudelaire un traductor empedernido de los escritos de Edgar Allan Poe, quien se convierte en un discípulo desconocido a distancia; sin embargo, ambos marcan la historia, respectivamente, de la literatura francesa y el pensamiento estadounidense.

Son muchas las ideas que Edgar Allan Poe dejó en la memoria de quienes lo leyeron, “(...) fue y será siempre el verdadero poeta, una verdad adornada de manera fantástica, una paradoja aparente que no quiere codearse con el populacho y que se lanza a extremo Oriente cuando los fuegos artificiales se lanzan en Poniente” diría Baudelaire en el prólogo de un texto escrito por Edgar Allan Poe y que llevaba su nombre (1980, p. 13) en la introducción que hizo al texto de Poe titulado Edgar Allan Poe. Por otro lado, Gómez de la Sera (1953, p.7) expresa que “Poe es un caso especial, una entelequia con un valor latente superior a su obra, por lo cual es más importante que lo que hizo el paso adelante que dio en el tiempo, para bien de todos, para luz de todos”, entonces en la línea de estos dos comentaristas se podría afirmar que su huella, positiva o negativa, no ha quedado en el anaquel de la historia de la literatura universal.

El carácter, el temperamento y la agresividad también hicieron parte de la vida de Poe, quien desde su juventud se mostró difícil de manejar y en contravía de las ideas de la democracia, la libertad y otras. Su temprana rebeldía influyó en sus posteriores publicaciones de cuentos de horror en los diarios americanos; podría creerse que toda la presión de su vida familiar culminó con una nota que escribió a su padrastro antes de marcharse de su casa y en la cual se cree que le reprocho los regaños, agravios y juiciosos que hacia diariamente.

Todo este proceso de Poe en la toma de sus decisiones, puede verse reflejado en los sentimientos que dejaba relucir a través de la escritura de sus cuentos; la ironía, la violencia, lo grotesco y macabro, entre otros, hicieron parte de los elementos de sus escritos y, como lo dijimos anteriormente, facilita el análisis de su forma de ser o estado anímico de cada una de las etapas de su vida.

Ahora bien, desde el conocimiento de Poe, Baudelaire plantea en uno de sus escritos que este se lanzó a sus ensueños y que en medio de todo el mundo americano se atrevió a escribir, en la dedicatoria de su libro "Eureka": "Así, pues, mi proposición general es ésta: *En la unidad original del ser primero está contenida la causa secundaria de todos los seres, así como el germen de su inevitable destrucción*" (Cortázar, 1973, pág. 2) , lo que lo marcaría como un autor que da rienda suelta a sus ideas en contra de los planteamientos sociales, el progreso y la civilización. Además, atrae sutilmente a los curiosos al ensalzar la soberanía humana y dejar por el piso de manera cortés e ingeniosa el orgullo del hombre moderno.

Es posible reconocer en las ideas anteriores lo temperamental que resultaba Edgar Allan Poe y no por eso se puede dejar de desconocer que era un escritor y poeta de gran perfil en cuanto al manejo de las letras. Es cierto, y muy reconocido en nuestra época, que en su mayoría los artistas pueden ser personas irritables, pero esta concepción no es clara y específica, sino que se ha establecido por generalidades o percepciones de otros. La

definición o idea que tiene sobre lo que es la figura de un poeta (artista) o el temperamento del mismo, lo describe Poe (1980) de la siguiente manera:

Un artista no es tal sino gracias a un exquisito sentido de lo bello: este sentido lo proporciona unos goces embriagadores; mas al propio tiempo entraña un sentido no menos exquisito de toda deformidad y toda desproporción. Por ello, una injusticia o un daño ocasionados a un poeta que verdaderamente lo sea le exasperan en una medida que, para un juicio ordinario, parecería en flagrante desproporción con el hecho cometido. Los poetas no ven nunca la injusticia donde no existe, pero sí a menudo donde no la ve la mirada no poética. Por eso, la famosa irritabilidad poética no está proporcionada al temperamento, (...) Pero hay algo muy claro, a saber, que un hombre que no sea *irritabilis* (a juicio del vulgo) no es un poeta.(p. 20)

Con este reconocimiento del carácter del artista, Poe justifica de manera irrefutable a todos sus compañeros criticados socialmente por su oficio o reflexiones; ya que se propone manifestar que esa sensibilidad dentro de los asuntos especialmente literarios le da mayor importancia a la expresión, a los juicios y a las imágenes, aunque para muchos esta sensibilidad terminará siendo una muestra de superioridad. Todos estos prejuicios que eran necesarios combatir eran formados, en parte, por la prensa francesa, las ideas erróneas de los espectadores y las opiniones sin fundamento de la sociedad en general.

Dentro de este proceso de justificación, se da uso a la más hábil herramienta del artista: la poesía, la cual es el utensilio clave para develar la mirada reflexiva de la realidad; esta es aspiración humana frente a una belleza superior que produce entusiasmo y excitación anímica, el cual independiente de la pasión embriaga el corazón, así como la verdad es el pilar de la razón. En Edgar Allan Poe, esta pasión es natural y está dentro de la belleza pura que escandaliza los deseos, la melancolía y las desesperaciones que se encuentran en los espacios sobrenaturales de la poesía.

Todo este proceso de asombro y reflexión que se vislumbra en la obra de Edgar Allan Poe está inundado por el poder de la imaginación, para el cual la mayor facultad del ser humano es poder llevar a la realidad lo que la imaginación le enseña, así como lo hizo él en

sus cuentos, poesías y demás escritos. Por imaginación, Poe comprende cosas diferentes al común de la sociedad, no hace referencia a fantasía o sensibilidad; aunque sea difícil concebir a un hombre imaginativo y sin sensibilidad: “Es la imaginación una dote casi divina que ante todo capta, al margen de los métodos filosóficos, las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y analogías”. (Poe, 1980, p.18)

Ahora bien, todas estas características de la obra de Edgar Allan Poe y que pueden vislumbrarse en el estilo de Charles Baudelaire tienen un punto de partida y es sobre el que recae todo el pensamiento e ideas a favor o en contra de estos dos pensadores: el hombre. Estos autores sujetos a naciones corroídas por el tiempo, el dinero y la sociedad afirman la existencia de una maldad que es natural en el hombre. Baudelaire (1980) dice en el prólogo del texto de Allan Poe que

Él dijo que hay en el hombre una fuerza misteriosa que la filosofía moderna no quiere tener en cuenta; y sin embargo, a falta de esa fuerza sin nombre o de esa inclusión primordial, muchísimas acciones humanas quedarían sin explicación posible. Esas acciones no tienen más atractivo que ser malas y peligrosas; es suya la atracción del abismo. Semejante fuerza primitiva e irresistible es la perversidad natural, por la que el hombre es al mismo tiempo y continuamente homicida y suicida, asesino y verdugo. (p. 14)

Ahora bien, en Poe habitaba esa fuerza misteriosa y primitiva, la cual deja percibir en muchas de sus publicaciones y que se convierten en un reflejo de lo que era su vida y sus emociones o estados de ánimo. Un tema recurrente en sus escritos y que sirve para caracterizar su interior, es la muerte; la cual puede llegar a considerarse como una compulsión repetitiva, que es entendida como un evento en la vida del hombre que produce un shock y con el pasar de los días el inconsciente lo refleja en el cotidiano del ser humano. Edgar Allan Poe es un hombre afectado por los hechos que le ocurren en su infancia, la pérdida de su padre, la agonía de su madre y posteriormente el rechazo de su padrastro. Pero lo preocupante no solo es el reflejo de la muerte que lo atormenta, sino lo que esto produce en él, ya que se torna agresivo en su cotidianidad, consigo mismo o con los demás.



Continuando con la perversidad natural presente en Poe, en sus primeras publicaciones se deja traslucir la agresividad de carácter simbólico utilizando un tono satírico; también se refleja la agresión física por parte del personaje principal de sus obras; como ejemplo de esto podemos retomar el final de *Berenice*, un cuento en donde el amor por su prima lleva al protagonista a la locura:

Entonces sonó un ligero golpe en la puerta de la biblioteca; pálido como un habitante de la tumba, entró un criado de puntillas. Había en sus ojos un violento terror y me habló con voz trémula, ronca, ahogada. ¿Qué dijo? Oí algunas frases entrecortadas. Hablaba de un salvaje grito que había turbado el silencio de la noche, de la servidumbre reunida para buscar el origen del sonido, y su voz cobró un tono espeluznante, nítido, cuando me habló, susurrando, de una tumba violada, de un cadáver desfigurado, sin mortaja y que aún respiraba, aún palpitaba, aún vivía. Señaló mis ropas: estaban manchadas de barro, de sangre coagulada. No dije nada; me tomó suavemente la mano: tenía manchas de uñas humanas. Dirigió mi atención a un objeto que había contra la pared; lo miré durante unos minutos: era una pala. Con un alarido salté hasta la mesa y me apoderé de la caja. Pero no pude abrirla, y en mi temblor se me deslizó de la mano, y cayó pesadamente, y se hizo añicos; y de entre ellos, entrecuchándose, rodaron algunos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos objetos pequeños, blancos, marfilinos, que se desparramaron por el piso. (1835)

En muchas de sus narraciones otro asunto recurrente relacionado con la agresividad es el crimen como un acto accidental, pero nunca compone el eje central de la historia. Igualmente es imposible plantear que la idea de los personajes sea llegar a un asesinato o que lo planearan con anticipación, lo que pone de nuevo este aspecto de la muerte como un acto involuntario, un hecho que ocurre de manera desprovista o sin las intenciones; por esta razón no se puede evidenciar en los primeros escritos de Poe una lucha de conciencia por sus pensamientos, planes o acciones negativas o de maldad, ya en algunas obras se da el sentimiento de culpa que llega a convertirse en delirio, como ocurre con *Berenice*.

Del mismo modo es posible rastrear en la vida de Poe la agresividad que perfilan sus personajes, “de cuando en cuando me asalta de improviso el deseo de golpear a cualquier imbécil, simplemente porque me repugna dejar creer a un imbécil, que puede golpearme a mí” (Poe, 2001, p. 15). Es esta una muestra del autoritarismo de Poe en su obra narrativa. Pero todo esto continúa a lo largo de su vida: ya más maduro de carácter deja ver en sus

escritos agresiones más directas: describe homicidios donde el responsable es el personaje principal, continua con el lenguaje satírico, se muestra como un criminal y esto es el central en algunas obras; tiene personajes que se autodestruyen interiormente al sentirse culpables de lo que hacen, lo que demuestra un reflejo de lo que le pasa. No obstante, el humor de Poe siempre es siniestro y apenas alcanza a disimular su desdicha.

Por su parte, Baudelaire no se queda atrás en sus escritos, por imitación a Edgar Allan Poe o por propia experiencia, deja entrever en sus escritos un grado de maldad que puede tomarse como resultado de su vida difícil, confusa y solitaria. La amargura y la perversidad de su maestro fueron el fundamento de su vida y el encontrarse con los primeros textos de él, le permitieron reconocer su pasión por esa vida solitaria y cautivante. Escribió a su madre en mayo de 1852: “He descubierto un escritor americano que ha despertado en mí increíble simpatía y he publicado dos artículos sobre su vida y su obra” (p. 27). Baudelaire sigue cautivado y dedica largos años de su vida a Poe, recibiendo acusaciones de plagio, mientras él consideraba que había encontrado su alma gemela.

Ya sabemos pues que a pesar de todas las similitudes encontradas entre estos poetas, el principio de su escritura, en especial de la poesía, es el contacto de la aspiración humana con la belleza superior de la naturaleza: esa manifestación que produce en el hombre un entusiasmo y una excitación. En Edgar Allan Poe esta elevación de los sentidos produce una delicadeza que le permite encontrar la inmortalidad en los textos, pues no existe nada que pueda distraerle de la práctica literaria en la que se sumerge. Poe manejaba un método en la elaboración de sus escritos en los que incluía una armonía exacta entre las palabras, la idea, el ritmo y el tiempo en que todo se desarrollaba. Baudelaire por su parte hace uso de las correspondencias para dar continuidad al lenguaje de los sentidos y generar en el lector una sed expectante que lo vincula con el destino y que lo lleva a un juego de sensaciones que generan una excitación digna de la categorización de belleza.

Retomando a Edgar Allan Poe y la influencia de su manera de vivir en sus textos, podemos afirmar que este creía ciegamente en el destino y que su labor era crear nuevos

procesos intelectuales. Aunque renunció a todos los lujos que le gustaban, pero que lo obligaban a entenderse con su padrastro, logró descubrir en la miseria de la sociedad la perversidad que él interpretó como una fuerza que lo animaba a hacer lo que sabe que no debe hacerse; es decir, lo que motiva esas acciones que no tienen explicación lógica. Pero esta miseria y el conocimiento de la perversidad no lo llevó ni un solo momento a agachar la cabeza y regresar a casa, puesto que su orgullo era firme y lo llevaba al punto de reconocer su sacrificio, lo que provocó en su vida un alto grado de amargura.

Ahora bien, a pesar de su miseria Poe logro conseguir múltiples publicaciones, en las cuales se evidencia un estilo literario que lo cautivaba con mayor facilidad, un estilo donde la imaginación es el personaje principal y lo conduce a tesoros inimaginables, esta predilección la podía desarrollar en el cuento con mayor fluidez. A diferencia de este, la novela es más extensa, tiene mayores interrupciones y prolonga la intensidad de tal forma que puede perderse en el camino. Por su lado, el cuento puede ser leído en un solo momento, mantiene la atención por más tiempo y su intensidad es más profunda.

Por su parte, Baudelaire buscó un modo de expresión que lo diferenciara de los demás, un estilo literario que le permitiera demostrar a otros que sí vale la pena escribir en su idioma y en su tierra natal. Buscó y encontró en la poesía el pago a los que viven la libertad y el amor, descubrió en la crítica y los artículos periodísticos su cultura e intelectualidad; y logro ser traductor de sus sueños, al llevar al francés la tensión de los escritos de Poe. Pero no fueron sencillas las cosas: vivió la mediocridad de la burocracia y el señalamiento de sus versos, al punto de llegar a la censura por ir en contra de las exigencias burguesas y de las buenas costumbres. Con todo esto Baudelaire se vio obligado a buscar una sensibilidad renovada, expresiva y con un lenguaje diferente, entonces comienza a acercarse al romanticismo y por medio de este al simbolismo, se deja habitar por las ideas del bien y del mal, descubre en el erotismo la descripción perfecta de la voluntad del sujeto, además de las características del cuento que Poe explotó en su máxima expresión.

Hasta este punto podríamos decir que Poe tiene un desarrollo literario de carácter más osado, mientras que Baudelaire maneja un carácter más dependiente, al verse en la necesidad de elaborar lecturas previas antes de lanzarse a la aventura de escribir. También, su presencia distraída y un espíritu original se ven reflejados en las obras. Estas características les han permitido mantenerse vivos a pesar de los años, ya que aún sirven de maestros a aquellos que mantienen el modelo de lo extraño y descriptivo en medio de la sociedad.

Finalmente es posible plantear que no es el legado escrito de Poe lo que lo hace importante, ya que solo quien se atreve a leerlo decide si se deja conquistar por la belleza armónica que plasma en sus líneas, ni tampoco su poesía puede decirse que es un tesoro por su estilo o precisión. Es verdaderamente Edgar Allan Poe un genio que a pesar de su temperamento logra transmitir de manera sorprendente, agresivo y temible, al mismo tiempo, un orden moral para su época.

La vida de Baudelaire, a similitud de la de Poe, se convierte en un torbellino de ideas que atrae a los lectores sin necesidad de un esfuerzo mayor, pues las secuencias de las palabras abren la duda de un desenlace, ya sea catastrófico, melancólico o tal vez doloroso y solitario. La descripción de la vida humana y de la naturaleza es impecable, los esplendores son cautivantes y la curiosidad es inevitable. La perfección en las palabras y la descripción de lo que ocurre con los cuerpos en las diversas situaciones de la cotidianidad es sorprendente. Dice Baudelaire (1974) al hablar de la escritura de Poe, e indirectamente de la suya:

(...) afloja los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no provienen del corazón; la alucinación dejando lo primero sitio a la duda, y muy pronto convencida y razonadora como un libro; lo absurdo instalándose en la inteligencia y rigiéndola como una lógica espantosa, la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción asentada entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacorde hasta el punto de expresar el dolor con la risa. Él analiza lo que hay de más fugaz, sopesa lo imponderable y describe en una forma minuciosa y científica, cuyos

efectos son terribles, toda esa parte imaginaria que flota en torno al hombre nervioso y le hace acabar mal. (p. 66)

La condición de hombre y poeta hicieron la perfecta unión que daba sinceridad a las obras literarias, a la búsqueda de la verdad y a la vivencia de sus propias historias. Los movimientos, las escenas cotidianas, las palabras y los suspiros al aire son los componentes de los poemas de Poe y Baudelaire; la melancolía, la tristeza y la locura se apoderan de la época, el romanticismo y el naciente naturalismo. Estos sentimientos son transmitidos al lector por medio de la experiencia sensible de la descripción, las figuras literarias, la relación con la realidad social y sobre todo por la posibilidad de experimentar una angustia similar a la del poeta.

La similitud de estos dos literatos era tan increíble que Julio Cortázar escribió en la traducción que hace al español de la versión inglesa de los poemas de Edgar Allan Poe y que se apoya en la traducción francesa de Baudelaire y que retoma en una conversación con Ernesto González: “Es inquietante y fascinante pero yo creo (y muy seriamente, le repito) que Poe y Baudelaire era un mismo escritor desdoblado en dos personas” (2010)

Podríamos decir, entonces, que son un espejo y su reflejo. La relación que existe entre Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire es de dos sujetos que desde su espacio o lugar en la realidad mantenían una relación paralela que los llevaba al mismo horizonte; son dos sujetos desconocidos que recorren un mismo molde, sin conocerse caminan tras sus mismas pisadas y su mirada a la sociedad usa el mismo lente, el mismo punto crítico que los convirtió en seres diferentes a los demás y que en su esencia sus sombras encajan perfectamente. Son dos grandes personajes de la historia que, admirados o criticados, dejaron un legado escrito en sus países natales, en el corazón de sus más cercanos y que ahora viajan por todo el mundo cargando el peso del desprecio, la crítica y la admiración.

Es lo diferente, lo raro, el ir contra lo social, el caos interno, lo misterioso, la angustia, entre otros sentimientos, emociones y situaciones lo que hacen que estos escritores

marquen la diferencia y que a pesar de los años continúen siendo vigentes sus líneas en relación con nuestra realidad, la sociedad y el pensamiento humano.

Fueron Charles Baudelaire y Edgar Allan Poe sujetos de la sociedad y memoria para la historia; quienes hoy nos permiten vislumbrar la posibilidad de un mismo aprendizaje en realidades espaciales diferentes, que nos enseñan que en la historia es posible elaborar un rastreo de influencias entre autores o corrientes de pensamiento, que a pesar de la distancia en tiempo o lugar, construyen un pensamiento crítico y social.

Podríamos tomarlo como una herencia producida por las continuas miradas a las culturas griega y romana, las cuales han servido de inspiración para nuevos modelos o de fundamento para el nacimiento de culturas que buscan una solides desde la experiencia de otros. Es así como sucede en la filosofía a lo largo de su historia, ha vivido periodos de reelaboración de pensamiento; es decir, los pensadores han retomado postulados e ideas anteriores a ellos y los han reformulado según sea necesario y ante este estilo de pensamiento los literatos no son ajenos, ya que las historias y los modelos de escritos pueden ser semejantes si se profundiza en su estudio.

Ahora bien, las situaciones que inspiran la elaboración de los diversos textos crea en los seres humanos pensamientos similares que dan paso a críticas y modelos que se creen pudieran ser una copia, como ocurre en este caso con Baudelaire y Poe.

En este orden de ideas, hemos reconocido a Poe como principal fuente de influencia en el estilo de expresión y reflexión de Baudelaire, dentro de una revolucionaria época. Victoria de Stefano (1984) plantea en su texto *Poesía y Modernidad: Baudelaire que*

Poe actuó sobre él (Baudelaire) una seducción permanente. Le dictó el designio de concebir la poesía muy por encima del momento natural e impuro de la inspiración, a fin de elevarla, desde su precaria condición de espontaneidad, hacia una función más digna del hombre y su libertad. Deseaba a un artista frío en los medios, dispuesto a desafiar obstáculos, resistencias, *ciudadano espiritual del universo*: un artista con rango de filósofo y que llevara orgullosamente el nombre de poeta.

Entendamos entonces a Edgar Allan Poe como maestro y guía de Baudelaire, en donde la constante búsqueda por elevar más allá de la espontaneidad a la poesía, lo lleva a dignificar al hombre, como creador y protagonista de la misma, con la libertad como herramienta de expresión frente a la vida.

Podemos creer que entre estos dos poetas existe una amistad, claro está, entendida desde San Agustín, para quién los amigos son una misma alma en dos cuerpos. Una influencia, una pasión o una simple semejanza; en cualquier caso, la razón de ser de Charles Baudelaire fue permeada por Edgar Allan Poe, hombre de una época compleja, pero no menos aislada del sujeto, el hombre o la razón de ser de la sociedad.

## CONCEPTO DE HOMBRE EN EDGAR ALLAN POE Y CHARLES BAUDELAIRE

Al hacer referencia al concepto de hombre, cabe aclarar que este es abordado desde su generalidad, desde diversas perspectivas y teniendo en cuenta los diferentes contextos humanos. Es el momento de iniciar un recorrido por los textos de ambos autores que desde el capítulo anterior nos han interesado para descubrir la mirada que tienen del hombre, incluso vamos a rastrear las líneas de otros pensadores, los cuales, a pesar de los prejuicios sociales, se atrevieron a emitir un concepto acerca de la vida y obra de aquellos que fueron duramente juzgados y nombrados integrantes del grupo de poetas malditos en la historia de la literatura: Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire, como resultado a la continua denuncia que hacían en sus textos sobre la realidad social de cada país.

Comencemos entonces con el texto “El poeta, el narrador y el crítico” (1973) escrito por Julio Cortázar, en este descubriremos entre líneas las primeras ideas de Edgar Allan Poe como hombre y el reflejo de sí en cada una de sus obras:

las obsesiones fundamentales (...) aparecen en los cuentos de Poe reflejándose entre ellas, contradiciéndose en apariencia y dando casi siempre una impresión de fantasías e imaginación teñidas por una tendencia a los detalles gruesos, a las descripciones macabras. Los contemporáneos lo vieron así (...) y probablemente Poe no pensaba otra cosa de sí mismo (p. 41)

Estas palabras pueden verse desde una perspectiva en la que cada una de las narraciones del autor reflejan algo de su realidad, no solo como poeta, narrador y crítico, sino como hombre: como un ser con sentidos que capta en cada minuto de su vida los eternos comportamientos humanos y la amplitud de su imaginación y deseos, los cuales, si él quiere, puede hacerlos realidad.

A esto hace referencia Walter Benjamín en uno de sus escritos en alusión a Baudelaire, cuyo título es “El París del Segundo Imperio en Baudelaire” (2008), cuyo tema policial es la principal representación de lo social y desde este escenario genera una influencia directa



en el hombre como actor de cada uno de los casos y representante de las diferentes emociones y comportamientos, que frente a cada situación lo invitan a tomar una postura, obviamente manipulada por el hombre que escribe y posiblemente adaptada por quien lee o traduce. En otras palabras, el hombre aunque vive según la situación, la cual puede ser manipulada, su actuar es interpretado según el interés de quien narra y de quien lee la realidad humana. Benjamín plantea en su texto que:

con la traducción de estos modelos adoptó Baudelaire el género. La obra de Poe penetró por entero la suya; y Baudelaire subraya este estado de cosas al hacerse solidario del método en el que coinciden todos los géneros a los que se dedicó Poe (...) El contenido social originario de las historias detectivescas es la difuminación de las huellas de cada uno en la multitud de la gran ciudad. (p. 57)

Con esto se evidencia cómo ambos autores tenían la posibilidad de adaptar la realidad de sus personajes, aunque se deja al lector una interpretación según su lectura.

Siendo posible rastrear en otros autores las similitudes de Baudelaire y Poe en relación al manejo de la realidad del hombre en sus narraciones, no podemos desligarnos de aspectos que, no siendo acciones propias de la cotidianidad, son de influencia directa para la construcción del concepto de hombre y, al mismo tiempo, aportan en la elaboración del escenario de sus historias, esto es: lo bello y lo moral, como un principio de la naturaleza y que en especial para Baudelaire no es ajeno.

Un cambio en la visión del mundo, un desmontaje de los conceptos aprehendidos por el hombre y un renacer de la estética en el momento en el que la Ilustración empezaba a finalizar y la naturaleza de Rousseau como bondad llegaba a su destrucción; son elementos que destruyen lo moral y al mismo tiempo dan paso a la pérdida de lo espontáneo y natural de todo lo que existía, se olvida lo bello de aquello que aún no era manipulado por la civilización. Todo esto es evidenciado en Rousseau cuando en “Las Ensoñaciones del paseante Solitario” expresa:

la justicia misma está en la verdad de las cosas; la mentira es siempre iniquidad, el error es siempre impostura, cuando se da lo que va contra la regla de lo que se debe hacer o creer: ya sea cual sea el efecto que produzca la verdad, uno siempre es excusable cuando lo ha dicho, porque no ha puesto en ella nada de lo propio” (1986, p.32)

Con sus palabras Rousseau se atreve a crear, a mirar, a declararse un agente observador del universo y crítico del mismo, en el cual descubre la mentira como elemento creador de contextos y modificador de realidades humanas.

Baudelaire también hace ejercicios de creación y por esto retoma la idea de la narración del libro del Génesis para explicar que la naturaleza ha dejado de ser amable para convertirse en enemiga del hombre al hacerse presente la corrupción en lo humano, la cual se inicia y se mantiene por medio del engaño. Con esto indica que el hombre es un ser corruptible y que el pecado hace parte de su naturaleza, razón por la cual agrade a su entorno y este le responde de la misma manera. El concepto de naturaleza es propio de los escritores y filósofos del romanticismo, porque ellos se encargaron de dar una nueva mirada a los valores clásicos y hacen a un lado la excesiva importancia dada al intelecto por la Ilustración, ya que esto puso al hombre en una carrera en la que solo eran válidos los componentes racionales, los cuales eran susceptibles a falsificaciones o manipulación de la herramienta social por excelencia: la razón.

Desde esta perspectiva, el pensar en un bienestar común fue relevado y es por este motivo que el hombre hará uso de lo artificial y con esto creará un deseo desenfrenado por dominar a quien lo agrade; con esto se descubre un deseo de poder y dominio, dando entonces más elementos para su definición, porque puede ser estudiado desde su deseo de poder y dominio, lo que lo lleva a ser visto como un hombre todo poderoso y por ende no creyente en la fe, ya que el progreso y su sed de mando lo desvirtúa de la realidad que vive y de la necesidad de un ser Supremo y Superior; razón por la cual busca desencantarse de su historia, de su entorno y de su vida; situación que inevitablemente Baudelaire hará pública en la creación de sus letras;

nada más absurdo que el progreso, puesto que el hombre, como lo prueban los hechos cotidianos, es siempre semejante e igual al hombre, es decir, se encuentra en estado salvaje. ¿Qué representan los peligros del monte y la pradera, comparados con los choques y conflictos cotidianos de la civilización? Que el hombre abrace a su víctima en el bulevard o alcance a su presa en selvas desconocidas, ¿no es siempre el hombre eterno, es decir, el más perfecto animal de presa?" (Baudelaire, 1995, p. 32),

Es decir, ¿Es también el hombre un animal presa de sí mismo? Dice una frase de Edgar Allan Poe que el hombre es un animal que estafa, y no hay otro animal que estafe fuera del hombre.

En Baudelaire encontraremos elementos que nos conducen a su visión de lo femenino, por lo cual podrán darse aclaraciones en las cuales la mujer sea la principal protagonista, situación que se evidencia en así como ocurre en varios de sus poemas, donde el papel de esta en la sociedad es la principal herramienta de trabajo, claro está, que es abordada siempre desde los diversos roles que cumple y de las diferentes relaciones que debe asumir y que le aportan en su definición y a la comprensión del entorno. y en la de su entorno.

Continuemos entonces con la idea de hombre, pero en relación al caos; para esto abordaremos una obra de Baudelaire llamada *el Spleen*<sup>1</sup>, en la que se narra una continua catástrofe, la cual impide tener una mirada de la realidad circundante y lo que realmente busca es relacionar cambios abruptos que destruyen la imagen que da orden a un presente, la cual debe consolidarse por más tiempo y permitir así una identificación entre los objetos y el sujeto para una definición concreta de lo que se es; con esto se agrega al concepto de hombre el hecho de ser un ser que se masifica y se deja llevar, actúa por esto, ya que se da una relación directa entre el surgimiento de la masa en una sociedad que cambia por acontecimientos mundiales y la producción masiva; esto a razón de la demanda de lo que se convierte en necesidad por la masificación, es decir, objeto de consumo y esto en la realidad de Baudelaire se evidenció en los vicios como acciones que afectaban las buenas costumbres, uno de esos fue la prostitución, situación que es palpable en sus poemas dedicados a mujeres sin nombre y que dio paso al pecado como parte del ser del hombre.

Este pecado da paso al miedo, el cual se apodera del hombre y de la búsqueda de sus ideales; es entonces cuando frente a sus interrogantes y temores de avanzar, crea

---

<sup>1</sup> Término utilizado antiguamente para nombrar el bazo, órgano del cuerpo que se creía que producía la bilis negra, la cual producía melancolía, hastío y tristeza.

“laberintos” que alargan el camino hasta el objetivo por el cual se está luchando, y que en la sociedad de Baudelaire resultaba fácil de elaborar, ya que en el camino se encontraban objetos de consumo que solo le daban una satisfacción momentánea. Esta satisfacción, en ocasiones, se basaba en un recuerdo del pasado, en una posesión física de algo que solo lo mantiene detenido en el tiempo y viviendo una experiencia muerta que se evidencia en el poemario “Flores del mal”.

El hombre se funde en el pasado, se deja llevar por las masas, es objeto del pecado y actor en la destrucción de su mundo, de su naturaleza; es quien huye del progreso y se deja abatir por la muerte y la destrucción, es por esto que, y Baudelaire deseoso de expresar cómo el ser humano se pierde en la sociedad, encuentra en Poe un legado que lo motiva a escribir sobre su realidad y a dejar de manera oculta una reflexión para quienes se atreven a leerlo, y esto es percibido por Benjamín, ya que se atreve a escribir: “Esto es lo que volvía insustituible a Poe para él; que éste describía el mundo en el que tenía su lugar la poesía y los esfuerzos de Baudelaire” (1992, p 204).

Encontramos en sus textos un elemento determinante para el análisis del hombre en Charles Baudelaire y es la melancolía, la cual determina lo nuevo como algo antiguo, y esto a su vez hace que sucumba la idea de progreso, situación que está en directa relación con el *Spleen* ya que este no da lugar a un continuo desarrollo que permita dar avance a la sociedad, veamos el poema “el extranjero”:

-Dime, hombre, enigmático, ¿a quién amas tú más? ¿A tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano?

-Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

-¿A tus amigos?

-Os servís de una palabra cuyo sentido desconozco hasta hoy.

-¿A tu patria?

-Ignoro bajo qué latitud está situada.

-¿La belleza?

-De buena gana la amaría, diosa e inmortal.

-¿El oro?

-Lo odio, como vosotros odiáis a Dios.

¿Pues qué es lo que amas, extraordinario extranjero?

-¡Amo las nubes. . . , las nubes que pasan... allá lejos... las maravillosas nubes! (2008, p. 17)

Para Baudelaire, así como para algunos de sus antecesores, el hombre ha perdido el sentido de sus objetivos y por esta razón la melancolía ha pasado a fundamentar el sentido a las cosas, porque traen al hombre un recuerdo que lo obliga a mirar atrás y anhelar lo clásico, que lo lleva a un encuentro con la naturaleza, y hace de él un ser melancólico que vive de los recuerdos, del ayer, del pasado que “fue mejor”, de este modo entonces la melancolía marca la pauta diferenciadora en la literatura romántica, la cual se ve opacada porque la atención de los medios de comunicación estaba centrada en la industria que para ese entonces era un fenómeno del que la sociedad debía mantenerse informada, y la literatura no era más que un pasatiempo para aquellos sin oficio.

El hombre es el protagonista de todo este proceso de industrialización, desde el momento en el que se inicia la etapa de desarrollo como cuando se decide comunicarlo a los demás y no deja de lado el hecho de que es él, el hombre, quien protagoniza toda la secuencia de acontecimientos que van determinando su carácter como un hombre frío, y es por esto que su mirada se centra en lo que es artificial y deja para el pasado lo natural y con esto todas las implicaciones morales. Con esta actitud, para Baudelaire, todos estaban participando de ese pecado que aleja la fe de los conocimientos del hombre, como lo indico Benjamín.

Retomando el concepto de masa, como esa realidad en la que se pierde la individualidad, en donde se da la lucha del nominalismo con los universales, se debe reconocer que, en compañía de otros aspectos que sirven para la decadencia del hombre, se va generando una desintegración de la humanidad y por ende de los individuos; a raíz de esto surgiría una necesidad que la modernidad supera con facilidad: la imagen de un superhéroe, porque el hombre ya no puede, desde su carácter normal, conseguir una solución a los problemas que se le presentan, agregándole a su definición el hecho de ser un

ser que cree en otros seres similares a él pero con capacidades que le permiten ser superior.

Diría Baudelaire, citando a Benjamín que:

el héroe es el verdadero sujeto de la modernidad. Lo cual significa que para vivir lo moderno se precisa una constitución heroica (...) las resistencias que lo moderno opone al natural impulso productivo del hombre están en una mala relación para con sus fuerzas (Valverde, 2002, p.75),

Por esta razón el hombre usa como defensa la creación de recuerdos, aunque pueden llegar a ser amenazantes en el momento en el cual empiece a desterrar al hombre de su avance a la modernidad, por lo tanto, el hombre es un ser con memoria y capacidad de recordar su pasado.

Sin alejarnos de las masas como un aspecto que habla del hombre en plural, podemos retomar otro análisis que Benjamín, en el mismo texto, hace a la poesía de Baudelaire, en el cual argumenta la necesidad de ver al hombre como sociedad y estudiar sus comportamientos en la ciudad, este cita:

la masa es tan intrínseca en Baudelaire que en vano buscamos en él su descripción. Tanto en “Le Fleurs du Mal” como en “*Spleen* de París” buscaremos en vano correspondencias con las pinturas de la ciudad en las que Víctor Hugo era maestro. Baudelaire no describe ni a los habitantes de la ciudad (...) Las masas eran el velo agitado a través del cual veía Baudelaire París (Valverde, 2002, p.76)

Por otra parte Baudelaire evade el hecho de retomar las relaciones simbólicas con la naturaleza y a todo lo relacionado con esta al encontrarse viviendo en un contexto industrial; por esta razón, en su poética se puede evidenciar la crítica que constantemente hace a la vida social y es por esto que se muestra como un ser melancólico. Sin embargo, es prudente aclarar que esta melancolía no es por querer reconciliarse con la naturaleza sino que, por el contrario, la usa como una expresión de vivencias en su completa verdad. A este respecto escribe Carlos Gurméndez citando a Benjamín (1989) “el melancólico ve con terror que la tierra recae en un estado meramente natural. No exhala ningún hálito de prehistoria. Ningún aura”. Charles Baudelaire buscaba describir constantemente, como lo hace en el *Spleen* de París, sus vivencias de contrariedades en las que la sociedad se escondía para hacer aquello que le ayudaba a desahogarse del hastío de la modernidad: “El éxtasis universal de las cosas no se expresa por ruido ninguno; las mismas aguas están

como dormidas. Harto diferente de las fiestas humanas, ésta es una orgía silenciosa” (Baudelaire, 2008, p. 24). Además en sus Correspondencias intenta hacer una reminiscencia de aquel pasado que nunca volverá a vivir y que con los avances industriales será imposible reconstruir. Es una melancolía que revela la pérdida del sentido, que no se ubica en el tiempo y que intenta la creación “de una experiencia que busca establecerse al abrigo de toda crisis” (Valverde, 2002, p. 78). Con este análisis de Walter Benjamín a Charles Baudelaire, podemos agregar al concepto de hombre una característica que aún persiste en el tiempo: el ser humano es por naturaleza melancólico y deseoso del pasado que solo vive en sus recuerdos; y son éstos parte fundamental de la memoria, la cual, para autores como Borges, Nietzsche o Aristóteles, es una herramienta sugestiva que puede abarcar lo emocional, lo mental e incluso lo espiritual.

Sin embargo, cuando usamos o nos referimos a la memoria, la abordamos como una facultad humana en la que se anhela, en el caso de Baudelaire, el pasado y que da la posibilidad de admitir los hechos sucedidos, la posibilidad de guardarlos en nuestro interior y de hacerlos propios en el momento del recuerdo. Al reconocer como humanos esta facultad, admitimos también que tenemos la capacidad para mantener presente lo que es parte de la tradición y con esto estaríamos dirigiendo nuestra mirada al Romanticismo, ya que son ellos los que piden recobrar la tradición que se pierde en medio del avance de la humanidad. (el romanticismo recobra lo tradicional, el pasado, lo clásico)

Con todo lo anterior podríamos plantear, apoyando a Benjamín, que Baudelaire en su continua rememoración del pasado intenta crear una relación con la naturaleza, a pesar de su crítica a la misma, con fragmentos como: (“Correspondencias”, 1977, p. 11)

La naturaleza es un templo de pilares vivientes  
que dejan salir algunas veces confusas palabras  
el hombre atraviesa a través de bisque de símbolos  
que le contemplan con miradas familiares

Amo el recuerdo de esas edades desnudas

en que febo gozaba dorando las estatuas.

Entonces el hombre y la mujer en toda agilidad gozaban sin mentiras ni ansiedad  
y con el cielo amoroso acariciándoles la espalda  
ejercitaban la salud de su noble maquinaria.

En el cual cabe señalar que Baudelaire no pretende regresar a la vida en la que las leyes de la naturaleza dirigen el curso de la vida, sino crear un lazo en donde los signos de la naturaleza y el lenguaje del hombre pueden establecer, a ejemplo de nuestro escritor, unas correspondencias que abonen el significado de la humanidad y la utilización de entorno.

Ahora bien, no podemos olvidar que Edgar Allan Poe fue el “maestro”<sup>2</sup> de Baudelaire y es por esta razón que su huella es rastreable en las letras de Paris, porque nuestro autor plasma implícitamente mensajes o aprendizaje que obtuvo de su antecesor.

Hasta este punto se ha procurado analizar algunos de los aspectos de quienes escriben y a los personajes que toman vida entre cada línea para hacer posible la construcción de un concepto de hombre en el parisino Baudelaire y el americano Poe; y es esta la mejor manera de acercarse a este último para percibirlo como un hombre con facultades de gran agudez y un temperamento tranquilo, el cual es apasionado y constante en el momento de abordar cualquier dificultad, un hombre que mira fijamente cada uno de los objetos a su alrededor y los lleva a ser simplemente eso, objetos; y eso es lo que es Poe, esa imagen que muestra en sus escritos es la mejor representación de lo que era él, de su personalidad y de su carácter. Entendamos entonces que ese personaje de las páginas es Edgar Allan Poe y a su vez este escritor es la representación de los hombres de su época, o en parte es la representación de la mayoría de sujetos que han sido moldeados por las incidencias de la cotidianidad.

---

<sup>2</sup> Utilizamos el término de “maestro” a razón de la influencia que tuvo Edgar Allan Poe sobre la obra literaria de Charles Baudelaire.



Con Poe también aparece la modernidad y la cantidad de aspectos que posibilitan un avance acelerado en todas las perspectivas del ser humano, esto por la necesidad de enaltecer la individualidad del ser y el giro de los demás aspectos entorno a él, por lo que la vida se modifica y se afecta el tiempo, el espacio y el mismo ser.

Todos los acontecimiento del inicio de la época moderna que afectaron al ser humano y a sus diferente ámbitos lo llevaron a cambiar de manera radical la imagen que tiene de sí, ya que se llegó a una idea antropocéntrica de tal magnitud que, como el término lo indica, los intereses científicos, sociales, económicos, políticos, entre otros, tornaron como objetivo al hombre y sus necesidades para ser el centro de todo conocimiento. Por lo anterior, el hombre es un ser que crea para sí mismo y encuentra en este hecho la posibilidad de ser el centro de la época en la que Poe y Baudelaire se convirtieron en los escritores de las desgracias y realidades del hombre.

Desde un Paris industrializado Baudelaire pone a sus personajes a caminar por las calles de la ciudad para observar de manera atenta los diferentes acontecimientos de una cotidianidad, en donde el paisaje edificado por el mismo, crea y recrea las escenas en las cuales él es el actor; entonces se puede concluir que el hombre crea para sí mismo. Allan Poe no hizo una relación diferente de esto, y tal vez Baudelaire lo haya percibido, ya que se atreve a poner un hombre en medio de todo y a la vez alejado de lo que lo circunda:

Con un puro en los labios y un periódico en el regazo me había pasado la mayor parte de la tarde distraído, inspeccionando los anuncios, observando a la diversa concurrencia de la sala o mirando a la calle a través de los ahumados ventanales. (Poe, 1840, p. 68)

Esta es una de las principales vía de la ciudad y había estado muy concurrida todo el día, pero, con el caer de la noche, la multitud fue aumentando aún más y, para cuando las farolas ya estaban completamente encendidas, dos densas oleadas continuas de peatones se apresuraban por delante de la puerta. Nunca antes me había encontrado con una situación similar a aquella hora concreta de la noche y por tanto el tumultuoso mar de cabezas me procuró una deliciosa sensación de novedad. Finalmente terminé abandonando toda

preocupación por los asuntos del interior del hotel y me vi inmerso en la contemplación de la escena exterior. (Poe, 2006, p. 1)

Con Poe, el hombre conserva su individualidad en medio de la multitud y su soledad aun estando en compañía, y Baudelaire lo ejemplifica en su poema “Las muchedumbres” al expresar “multitud, soledad: términos iguales y convertibles por el poeta activo y fértil. Quien no sabe poblar su soledad tampoco sabrá estar solo en una muchedumbre atareada” (2008, p. 33) y Walter Benjamín, en su texto “Iluminaciones II: Baudelaire, un poeta en el esplendor del capitalismo”, expresa esta idea al retomar de Flores del Mal un poema titulado “el pasaje” creando relación con el bulevar y cita lo siguiente:

Los pasajes son una cosa intermedia entre la calle y el interior (...) El bulevar es la vivienda del *flâneur*<sup>3</sup> que está como en su casa entre fachadas, igual que el burgués entre sus cuatro paredes. Las placas deslumbrantes y esmaltadas de los comercios son un adorno de pared tan bueno y menor que para el burgués una pintura al óleo en el salón. Los muros son el pupitre en el que apoya su cuadernillo de notas. Sus bibliotecas son los kioscos de periódicos, y las terrazas de los cafés balcones desde los que, hecho su trabajo, contempla su negocio (1972, p. 51)

Es así pues como el artista, desde su individualidad, se hace consciente de su propio yo y al recorrer espacios poblados de personas no se siente atraído por la multitud y al mismo tiempo la reconoce como experiencia viva para la elaboración de su creación literaria. El hombre es entonces un actor y modelo que encarna cada uno de los roles que asigna a sus personajes Baudelaire, porque este capta y comprende las diversas formas de la convivencia social que trajo la modernidad, pero no se deja absorber por ella ni se hace partícipe de sus eventos, esta idea se puede apoyar en la expresión de dicho autor que aparece en el poema “las muchedumbre” (2008, p. 33)

no es dado a todos tomar un baño de multitud: gozar de las muchedumbres es un arte; y sólo puede darse, a expensas del género humano un atracón de vitalidad aquel a quien un hada haya otorgado desde la cuna el gusto por el disfraz y la máscara, el odio por el domicilio y la pasión por el viaje.

---

<sup>3</sup> Caminante ocioso de la clase burguesa

Recorriendo los poemas de Baudelaire y buscando una definición de hombre, podemos tener en cuenta el hecho de que sus personajes son nocturnos, que caminan las calles de París haciendo vida solo en un intento de olvidar su propia desventura pasajera, porque la modernidad trajo consigo aquello que plantea el *Spleen*: una vida fugaz, momentánea y muy cambiante, en donde el hombre cambia su mirada hacia el tiempo y su propia conciencia.

Ahora bien, así como Baudelaire pone en su texto al hombre de la noche, da uso a la imagen del *dandy*, con el que busca expresar una postura de aquel que observa y no reacciona ante la situación y que, por el contrario, busca sacar provecho de todo a su alrededor:

El *dandy* es un ser sin ambiciones, sin propósitos ni fines. Fijo en la quietud de un presente que pretende ser eterno, despilfarra lo que tiene y se gasta a sí mismo como el perfume contenido en un frasco destapado, cuya fragancia a nadie ha de deleitar (2000, p.26.),

Esta es la imagen nocturna de un hombre que solo busca una satisfacción, esta es la imagen que deja entrever Baudelaire en sus poemas y la que vende al lector, generando en quien lee un sinsabor de sentirse identificado con el personaje o atacado, desde su moral y buenas costumbres, por el mismo.

Son muchos los escritores que se han pronunciado frente a la figura que perciben de Baudelaire en sus diferentes textos, son muchos los que han descubierto en sus palabras una descripción perfecta de la realidad de las sociedades que iniciaban el proceso de modernización y es ahora cuando sus textos tienen algún valor y pueden llegar a ser material de gran importancia para todo aquel que pueda ser atraído por una verdad oculta o narrada lejos de la opinión de la burguesía. Ernesto Kavi, un escritor mexicano apasionado por Baudelaire, redacta en el prólogo de su texto “Charles Baudelaire: Dibujos y fragmentos póstumos”, que reúne escritos de este autor que: “Baudelaire siempre creyó que el hombre debía ocuparse solo en cultivar la belleza, en satisfacer sus pasiones, en sentir y en pensar. Quiso que todo ser humano recordara que en la locura hay grandeza y fuerza en

el exceso” (2012) demostrando una vez más lo que el hombre era en la noche de París: un sujeto que cree en la belleza y sacia su deseo desde el sentir y la posibilidad de pensar.

Ahora, retomando la idea del hombre desde la imagen de *dandy*, podríamos abordarlo como un elemento clave para analizar los cambios comportamentales de las clases sociales, en las cuales se hacía presente una aristocracia que estaba terminando y una burguesía democrática que estaba siendo creada por la industrialización, convirtiéndose en materia de estudio de Baudelaire, en donde es posible distinguir los primeros pasos de los hombres por ascender en las clases sociales al intentar mostrarse como practicantes de los valores esencialistas de la aristocracia, esto siendo utilizado por medio de la lógica que los lleva a saber que solo es necesario aparentar ante los demás, para ser aceptados por ellos.

Estos personajes sociales manejan una teoría que los ayuda a ser “diferentes” a los demás: parecer es ser, razón por la cual modifican su presentación personal de tal manera que desde los valores morales puedan llamar la atención de quienes los rodean; es por esto que prefieren estar en lugares concurridos para impresionar y ser el centro de atención. En efecto, el hombre es entonces un ser al que le agrada sentirse admirado y se cuida para poder serlo. Estos personajes de la sociedad parisina son ordenados y planifican con cuidado todo a su alrededor, ya que no es concebible algún error de su parte, es por esta razón que se alejan de cualquier sentimiento que pueda alterar su organización; solo viven el momento, el día a día y pretenden mostrarse como rebeldes.

Podemos entonces preguntarnos ¿fue Baudelaire un *dandy*? porque sabemos que parte de sus personajes fueron representación de sí mismo y la mayoría de sus escritos vivencias personales. Para construir una respuesta resulta necesario recordar las escenas de su vida en las que la muerte de su padre y el nuevo matrimonio de su madre lo impulsan a crear una imagen diferente a lo que estaba sintiendo. Comienza entonces a mostrarse como un hombre perfecto y feliz que lleva una vida plena y que vive los valores sociales, disfruta llamando la atención y procura individualizarse para sobresalir de la sociedad; pero todo esto debía tener algo de contradictorio, porque de no serlo, resultaría un ser igual al resto de

la sociedad y eso era precisamente lo que odiaba: las masas. Mostrándose Baudelaire como todo un hombre de cordura y comportamiento intachable, también se conoce de su continua asistencia a lugares donde se practicaba la prostitución, tema reiterativo en sus poemas y razón por la que se sabe que le otorgaron el sobrenombre de “el *dandy* en el burdel”, actividad que no era propia de un caballero de su estilo y que causa más asombro en el momento en el que publica abiertamente el odio por su familia, sentimiento que tampoco era aceptado para un *dandy*. Baudelaire resulta una completa contradicción entre lo que hace, lo que muestra a los demás y la concepción que tiene de los otros; generando una controversia en la definición que rastreamos de hombre, ya que podríamos crear características desde lo que se sabe de él, pero a su vez de lo que los otros vieron en él o lo que es posible construir al leerlo a él.

Parece que tuviéramos que empezar de nuevo para ordenar todas las ideas, pues en un inicio hablábamos de un hombre que estaba socialmente en la soledad, pero sabemos que el poeta, aun estando en la sociedad, se aísla para vivir solo como un espectador; entonces ahí sí aparecería el pensamiento del *dandy*, quien se rodea socialmente pero con la intención de individualizarse. Pero si decidimos mirar a las masas como generalidad de la modernidad, entonces diríamos que el hombre actúa según las normas generales del sistema y es aquí donde debemos decidirnos por quién es el que posee la definición de hombre, o si nos enfocamos simplemente en la sociedad como creadores y participantes de su propia industrialización, porque el hombre se decidió por ser esclavo de sí mismo y destructor de los más débiles.

Hablamos entonces de un problema social en el que consumismo, mano de obra y deseo de poder crean una competencia que quita valor a lo humano y donde solo los intereses y las apariencias cuentan a la hora de avanzar en la carrera por un desarrollo económico; situación que es común con las ideas de Baudelaire, porque los dos: sociedad y autor, pretenden sobresalir desde la individualidad; es decir, aun viviendo en las masas, el hombre desea surgir para convertirse en modelo y cabeza de los ideales de la época.

Entonces podemos ver a Baudelaire y a Poe como hombres de costumbres y modales, con una apariencia física impecable y al mismo tiempo lúgubre, que no deja de brillar y atraer a pesar del tiempo transcurrido desde sus muertes. Estos personajes han elaborado su propio retrato en un sin número de personajes, todos con vivencias diferentes y al mismo tiempo con un toque de particularidad entre lo extraño y extravagante, fueron estos autores preparados para los excesos y las sobriedades, que poseían una confianza en sí única que los llevo a sentirse, tal vez, desdichados al final de sus días.

Es el hombre presente en ellos un actor de la vida y sobre todo el único capaz de decidir sobre el camino a seguir y la postura que debe asumir frente a esto; no obstante, son estos dos poetas hombres que vivieron lo que les tocó vivir pero a su manera, con un estilo propio y con la posibilidad de recrear en sus cuentos y poemas las vivencias que deseaban y asumir, en sus líneas, las posturas que creyesen convenientes sin necesidad de ser juzgados, aunque con su popularidad sí llegaron a serlo.

Con respecto a lo anterior Poe escribe en una de sus cartas a James R. Lowell en 1844 “Mi vida ha sido capricho, impulso, pasión, anhelo de la soledad, mofa de las cosas de este mundo; un honesto deseo de futuro” (López, 2013, p. 2), pero la pregunta es ¿logra este americano vivir su vida, aún con la concepción que tiene de la misma? La Vida de Poe fue un eterno devenir entre lo que se desea y se debe hacer, aunque para él la satisfacción de los deseos era primordial al igual que para Baudelaire; la encrucijada surgió cuando la sociedad pretende encasillarlos en el modelo que era el apropiado, razón por la cual las apariencias son el traje adecuado para vestir la melancolía ante los ojos de los demás, los cuales eran críticos sin piedad, depredadores prestos a destruir lo que no fuese útil y acabar con lo que los destruye; y decimos los destruye porque eso era lo que hacían las verdades de Baudelaire con los demás, él les develaba la verdad de lo que ocultaban las grandes fiestas y ocasionales desenfrenos, era Baudelaire quien desde los callejones contaba la realidad de la prostitución, el alcohol y las drogas, realidades que era mejor ocultar para no dañar los valores morales, porque era mejor esconder o atentar contra el problema que afrontarlo y superarlo.

Es en este punto cuando el hombre social, aquel que olvida sus desgracias y las desvanece en medio del afán de la industrialización, se enfrenta al temor de mirar atrás y recordar lo que dejó inconcluso, lo que le faltó o a quien lastimó; es entonces cuando el hombre le teme a sus propios recuerdos y crea un sin número de obligaciones para distraer su mente y sobre todo para alimentar su imaginación con creaciones fantasiosas que solo duraran fracciones cortas de tiempo y que para muchas necesitará de analgésicos no permitidos para lograr encontrar una paz interior, es esta es la realidad que rodea a nuestros autores en los diferentes bares de América y Europa.

El hombre corre en un espiral infinito de emociones, vive y revive su pasado, crea y recrea su futuro, olvidándose de vivir el presente y alimentar esperanzas desde la realidad circundante; el hombre se cierra a la realidad y se ilusiona con cambios que no son posibles sin actos; el hombre se vuelve un juez de sí mismo para acabar con sus semejantes, pero solo con aquellos que abren sus ojos a la realidad y lo despiertan bruscamente para concientizarlo de lo que ocasionan sus actos de abandono, y dentro de esos hombres que abren los ojos a la realidad están Poe y Baudelaire, quienes procuran aprender a vivir en el sistema o no dejarse absorber por el mismo.

Baudelaire fue un parisino sencillo y a la vez complejo, fue todo lo que quiso ser y al mismo tiempo todo lo que odió, él fue la mejor representación de la manipulación que es posible realizar consigo mismo, logrando engañar sus sentidos y a sus allegados, Poe fue su influencia, su ejemplo de que es posible todo si así se desea; dos hombres sumergidos en una elegante sociedad deciden ir en contra de toda realidad posible desde el momento en el que la muerte se convierte en sinónimo de abandono y este último es simple y sencillamente una sensación de rechazo que no logran aceptar de parte de los otros, a tal punto que deciden llevarlo al extremo y abandonarse ellos mismos entre el humo de un cigarrillo y las piernas de una mujer.

Estamos frente a una encrucijada conceptual, tenemos situaciones humanas que nos permiten caracterizar al hombre, pero también tenemos unas series de prácticas que podrían

aportarnos otros aspectos; por ejemplo con el *dandy* sabemos que su intención es muy diferente a querer ser parte de la sociedad general, y es así como actúan nuestros autores, ya que podríamos afirmar que su yo interior no era el que se reflejaba en los espacios de gran multitud. En efecto, sería necesario traer a juicio las palabras de Edgar Allan Poe: “El ser humano es un animal que hace trampas” (Blumenberg, Jul 1 de 2011), es un ser que engaña y se engaña, por lo que pensaríamos que durante todo el estudio de Baudelaire hemos sido engañados por una falsa apariencia y que tal vez es otra imagen la que quiso darnos; pero con los estudios de la actualidad, podríamos afirmar que es cierto aquello del engaño, porque sus más cercanos no tenían la perspectiva que nosotros tenemos ahora, sus textos, sus comentarios a otros escritores, sus cartas e incluso su vida ya vivida. Baudelaire fue un hombre inteligente, supo dominar muchas de las situaciones que se le presentaron y al mismo tiempo aprendió de ellas para no cometer jamás el mismo error, pero algo se le salió de sus manos: el deseo de controlar su melancolía, que lo llevó a las vivencias más bajas de la época, a los callejones más oscuros y a los estados más deplorables.

En la mayoría de las ocasiones, los escritores hacen de su literatura un reflejo de su propia vida y esta imagen es posible que sea manipulada con la intención de crear en el lector una visión diferente del creador, pero al mismo tiempo dejan traslucir la verdad de sus sentimientos, dice Eugenia Toledo en el prólogo que hace para el libro “Por la vereda” de Alejandra Flores: “los estilos visuales – o las preferencias – de los escritores responden a menudo a sus estilos literarios. (...) Edgar Allan Poe hizo un retrato suyo cuyos ojos poseían la misma melancolía que se encuentra acordonada en sus cuentos”. Por otro lado traemos una expresión dada por Fran Casillas en su texto “El afamado desconocido” de 2009 publicado en el periódico El Mundo de España, en donde afirma que “Poe manipuló minuciosamente su imagen pública para favorecer la venta de sus cuentos. Asentando verdades que no resisten la tentación de la sospecha, fue él mismo quien construyó el lecho de arenas movedizas que sostiene su distorsionado historial vital”. A partir de la cita anterior, queda abierta la pregunta es Poe ¿realidad de sus escritos o simple manipulador de letras que busca la fama y el reconocimiento?



Baudelaire no se queda atrás, ya lo hemos mencionado y es prudente retomar la verdad en la que nuestro poeta vistió de sociedad para ser agradable a los demás; pero en el fondo decidió vivir escenas completamente diferentes, ¿estaría imitando a su maestro? Esto no será posible afirmarlo a pesar de las múltiples investigaciones realizadas al respecto; no obstante sí podemos afirmar que los dos nos están vendiendo dos imágenes de hombres y, de este modo, volvemos al dualismo entre lo que vemos y lo que ellos en verdad eran.

Es posible continuar en la espiral en la que nos hemos sumergido y en la que cuando creemos que por fin tocamos fondo descubrimos que sigue girando y dándonos más información que tal vez nos complicase más la intención de un principio, ¿Qué concepto de hombre tenía Charles Baudelaire con la influencia de Edgar Allan Poe?

Retomemos entonces todas las ideas de definición que hemos dado en el transcurso de este capítulo y pongámosles un orden lógico y coherente, para luego buscar ese concepto en sus textos. En un principio hablamos del hombre como actor de su propia vida y eso es en todos los casos, reales o imaginarios, es él quien participa como actor principal y el directo responsable de todo lo que ocurre, ya que esto está sujeto a sus acciones, más adelante pretendimos expresar que el hombre es lo bello y lo moral, entendido esto desde la naturaleza, realidad que aunque ha sido rechazada o dejada de lado por Baudelaire, es reconocida como creación y por ende al hombre como parte de ella, vinculación que sigue vigente en nuestro días; en este punto es importante resaltar que el hombre elabora una reflexión de su entorno, la cual está vinculada a una serie de símbolos que están cargados de significados y que crean una secuencia que ayudan al hombre a continuar recordando su historia, esto es filosofía reflexiva, vista de Paul Ricoeur; para quien, desde su fenomenología hermenéutica el ser se relaciona “con la finitud y la temporalidad, logrando una integración entre las dos (...)” (Zapata, 2009 p. 756), con estas palabras, podemos ver como el hombre, siendo finito y afectado por la temporalidad, hace parte de una fenomenología, la cual los hace, al hombre, protagonista de su realidad, la cual no debe ser desligada de un contexto simbólico que determina su actuar.

Desde la imagen de hombre dentro de la sociedad, aparece la concepción de corrupto, ya fuese por necesidad de él o intereses ajenos, pero de eso sí se es consciente, el hombre tiene la voluntad estructurada a tal manera que es manipulable por el entorno y más si a eso le agregamos el hecho de que en su naturaleza está el deseo continuo y creciente de poder y dominio, y cada vez más se aleja de la posibilidad de creer en el poder de algo superior no humano, lo que lo hace llegar a un punto tal que lo enorgullece, es por esto que el hombre siempre, siendo semejante a los demás y utilizándolos a su antojo, vive en un estado de salvajismo en el que solo sobrevive aquel que se adapte, ¿será por esto que Poe mintió para vender sus textos? Esto no lo sabremos, ya que pueden ser tan solo especulaciones.

Este hombre, como actor y parte de la naturaleza, está siempre presente, podríamos hablar de una eternidad en cuanto a la raza, pero igualmente debemos advertir que en su carrera y salvajismo se ha vuelto animal para sí mismo, animal que engaña y es engañado, animal que reúne para masificar y lograr dividir intereses no convenientes para sus proyectos, es el hombre quien hace del pecado parte de su vida, de su cotidianidad, de su excusa para sobresalir.

Pero todo no es guerra y destrucción, el hombre tiene una capacidad de anhelar, de pensar en su pasado y de añorar lo ya vivido, aunque esta capacidad, en plena modernidad, se ve opacada por el miedo a los mismos recuerdos que pueden doblegar su firmeza y frialdad frente al otro; además está transitando por un momento histórico que no le permite vivir del recuerdo y por el contrario lo obliga a crear, es decir a ser creador de sus necesidades y al mismo tiempo, quien satisface las mismas, razón por la cual entra en la carrera del consumismo que lleva a muchos a perder todo, incluso su cordura y su vida.

El hombre es para la modernidad, la industrialización, el consumismo y para Baudelaire un actor y modelo de todos los acontecimientos, retomando entonces que es creación y creador, es él quien puede creer en sí mismo y buscar la manera de hacerse necesitar para darle un sentido a la vida, por eso sabe que tiene que enfrentarse a las diferentes presencias

o alucinaciones que lo quieren abstraer de su entorno, es decir, el hombre trata de huir de su propia muerte.

En este punto, Baudelaire ya estaba seguro del papel del hombre en la sociedad y por llevar la contraria o seguir sus ideales, empieza a creer que solo es necesario ocuparse de la belleza y la conservación de la misma para entablar un dialogo con la realidad, además siempre debía actuar en beneficio de sus necesidades, en su sentir y su pensar, porque de no ser así, volveríamos al momento en el que él debía ocuparse de hacer solo lo que su familia, en su caso, su madre y su padrastro, le ordenaran.

Si recopilamos la idea del hombre en donde lo principal es sobresalir, en la mayoría de veces, a cualquier precio, encontramos entonces una necesidad y es la de sentirse admirado por los demás y para esto va a cuidar de sí, de tal manera que la belleza empieza a ser parte de una época agitada por la carrera del desarrollo, en la cual esté siempre presente la necesidad de superar al otro, por lo que la mentira y la trampa son armas de juego para la batalla ensordecedora del desarrollo social.

A pesar de que iniciamos a elaborar el concepto de hombre desde el principio de este capítulo y lo recopilamos en las últimas líneas, sería prudente de nuestra parte reconocer como Baudelaire en la recreación de las emociones en sus poemas plasma de manera enfática la condición del ser humano en la modernidad, la cual afectó y cambió la tecnología, el espacio social, la filosofía y el arte, entre muchos otros ambientes en los que el individuo creó una gran brecha con el sujeto. Éste ya no desea estar atado al otro y su tarea de concientización lo llevó a creer que no necesitaba del otro y por el contrario, adecuó su espacio para ser autosuficiente y lo que logra es ensimismarse, una muestra de esto es el arte en su máxima expresión, ya que es ella la que tiene por tarea dejar el legado de cada momento y Baudelaire hizo uso de ese arte y poder que tenían sus letras para dejar entre sus páginas historias de hombres reales, narradas por un hombre moderno y leídas por todos los que deseamos revivir la melancolía de un pasado, retornar a una tradición, anhelar

lo valores que dejamos atrás y entablar un diálogo con el presente, en donde nuestro interlocutor es un loco animal, llamado hombre.

## CAMINANDO ENTRE LINEAS

No existe mejor evidencia para conocer la vida de un poeta del estilo de Baudelaire, que sus propias letras, su obra o sus poemas. Ya nos hemos atrevido a rastrear un poco su vida, su manera de actuar y someramente sus pensamientos, los cuales no son perceptibles a simple vista; ahora es momento de adentrarnos en su obra y contextualizar ese concepto de antropología que hasta ahora hemos construido con lo que de él se conoce.

Baudelaire fue un soñador sin límites, un escritor sin vergüenza y un ser humano atrevido, arriesgado y ávido de vivir la vida desde altos riesgos, fue el poeta que hizo del simbolismo una herramienta práctica para expresarse y plasmar sus sentires sin temor al “qué dirán” y dejando a la burguesía en un estado de alteración tal, que como un virus, era mejor aislarlo.

Ahora bien, para hacer de este análisis un proceso lógico y coherente con la escritura de Baudelaire, nos enfocaremos especialmente en su poemario “Flores del mal” y este a su vez lo dividiremos en varias temáticas, las cuales abordamos en el capítulo anterior y nos servirán para ver al hombre desde diversos escenarios; entre los que encontraremos el sujeto como ser aislado de la realidad, la ciudad y lo que esto conlleva, los imaginarios del hombre, la autodestrucción en los ambientes más bajos de la ciudad, lo divino y la muerte o entrega al momento final.

Antes de realizar un acercamiento a la obra, es prudente de nuestra parte abordarla de manera general para no pasar por alto la que es considerada como la máxima creación de Baudelaire. Es una colección de poemas, que en un principio buscaban describir los pecados capitales, pero que fue modificada por el autor al escuchar consejos de algún amigo cercano que le sugería evitar algún escándalo y aun con esto en sus primeras

publicaciones fue rechazado o censurado por la burguesía del momento, la cual se sintió escandalizada por su contenido y lo obligaron a modificar el mismo.

Pretendiendo en un principio describir los pecados capitales, Baudelaire elabora una amplia descripción de lo que, desde su punto de vista y desde la modernización de la sociedad, es el mal, en el cual el principal protagonista es el hombre y a su vez, este es visto como quien posee la única herramienta capaz de vivenciar todo tipo de vicios: el cuerpo. Es una obra en la que, aunque poco perceptible, se desarrolla un romanticismo muy al estilo de los poetas malditos, para quienes la vivencia de un sentimiento no era cosa sencilla, sino que por el contrario genera dependencia, dolor y mucho sufrimiento; descripción que nunca sería aprobada por la burguesía y lo obligaría a realizar modificaciones, dejando así una última edición que no fue publicada sino hasta después de su muerte y en la cual se percibe la arrogancia de ese *dandy*, su sensibilidad frente a lo cotidiano y su arraigada pasión por lo extraño, sin dejar de lado su deseo por afrontar los tabúes y crear con esto, al fin, un mundo perfecto.

Para poder abordar esta obra, es necesario tener una lectura detallada y un rastreo certero de aquello que nos interesa: lo referente al hombre y sus diversos escenarios, pero es importante aclarar que la lectura de los mismos debe ser completa para poder entender su sentido o la intensión del autor, por esta razón citaremos cada uno de los poemas que analizaremos y extraeremos los fragmentos que nos sean necesarios.

En la literatura de Baudelaire lo realmente importante es el contenido de sus escritos, ya que es necesario saber leerlo para entender lo que desea explicar y no quedarnos con las primeras imágenes que aparentemente nos harán catalogarlo como un revolucionario o incluso nos atreveríamos, como en su tiempo, a censurarlo e ignorantemente a dejarlo a un lado de la sociedad y con él a la problemática del momento.

Dentro de las generalidades del estilo poético, Charles Baudelaire utiliza la metáfora y aunque no hace uso de la rima tiene una gran riqueza en el lenguaje que lleva al lector a

dejar de lado toda la rigurosidad de la escritura poética. Este autor tuvo gran dominio de sus expresiones y fue exigente consigo mismo en el momento de ser descriptivo, ya que es esto lo que le permite al lector vivenciar la razón de ser de temas como las mujeres, la muerte, los amantes, entre otros.

Comencemos entonces con la imagen de ese hombre que se retira de la realidad para construir la imagen de sí mismo, de su realidad como artista y como poeta, de la verdad que debe vivir la familia, en este caso su madre como creadora del sujeto que atacará, desde una visión certera, a la sociedad, demostrándonos con esto que el hombre como tal, juega diversos papeles según su quehacer, Baudelaire escribe:

El poeta aparece en este mundo hastiado,  
su madre espantada y llena de blasfemias  
Crispa sus puños hacia Dios, que de ella se apiada:  
“¡Ah! ¡no haber parido todo un nudo de víboras,  
Antes de amamantar esta irrisión!  
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros  
en que mi vientre concibió mi expiación! (1977, p.7)

Iniciamos entonces con un ejemplo claro en el que se reconoce al poeta como una “irrisión” para su familia, como una maldición dada por ese ser superior y creador, lo que no ejemplifica que se cree en esa potencia que da sentido y vida a todo lo que existe y se recurre a él siempre que se desea cuestionar, agradecer o maldecir una realidad humana; pero sus palabras no terminan allí, la madre continua maldiciendo y promete influir en el futuro de esa criatura, por lo que surge el hombre como modificador de la historia “Yo haré rebotar tu odio que me agobia/ sobre el instrumento maldito de tus perversidades,/ y he de retorcer tan bien este árbol miserable,/ que no podrán retoñar sus brotes apestados! [...]” (1977, p.7). El odio y el deseo de venganza se hacen presente durante el verso, la ira contra un dios y la vergüenza crean en la mujer un sentimiento de auto discriminación y humillación.

Sin embargo ese dios no se lee como un ser castigador, por el contrario, muestra un hilo de esperanza que promete hacer de esa criatura algo o alguien menos despreciable de lo que su madre desea hacer de él, y en el mismo poema continua:

Sin embargo, bajo la tutela invisible de un Ángel,  
El Niño desheredado se embriaga de sol,  
y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come,  
encuentra la ambrosía y el néctar bermejo  
El juega con el viento, conversa con la nube,  
y se embriaga cantando el camino de la cruz;  
y el Espíritu que le sigue en su peregrinaje  
llora al verle alegre cual pájaro de los bosque. (1977, p.7)

Baudelaire presenta la criatura, o se presenta a sí mismo como un ser soñador, que disfruta de la naturaleza y que puede ser en un futuro tomado como loco, a quien la sociedad debe aislar, de quien se debe cuidar o a quien debe “corregir o reformar” para que no esté en contra del sistema de modernización; “Todos aquellos que él quiere lo observan con temor, /o bien, enardeciéndose con su tranquilidad, /buscan al ser que sabrá arrancarle una queja,/ y hacen de El el ensayo de su ferocidad” (1977, p.7). La continua búsqueda por modificar al ser humano nos hace sujetos de nosotros mismos, y en caso de que no sea posible una adaptación podemos convertirnos en el ensayo de un cambio social, es por esto que el hombre moderno que busca cambiar los paradigmas desde su quehacer, da paso al artista como un nuevo mesías para la sociedad.

Dando continuidad al poema, se hacen presentes varias expresiones que desde su individualidad demuestran la constante relación del hombre con un dios, en este caso con el Dios del cristianismo de esta era, con las cuales plasma el recorrido histórico del hijo de ese ser creador y dador de vida, “Puesto que tú me has escogido entre todas las mujeres (...) y no comprendiendo los designios eternos, (...) sin embargo, bajo la tutela invisible de un Ángel, (...) en el pan y el vino destinados en su boca”(1977, p.7). Una semejanza intencional o inconsciente hace de estos fragmentos un posible relato “divino” con el cual el sufrimiento y la aceptación del mismo hacen parte de la vida de aquellos que son juzgados por la sociedad desde el instante en que ellos hablan de las realidades que en ella se viven.



Así mismo, el poeta se liga a lo religioso en su caminar por la tierra al reconocer el grado de sufrimiento al que se hace merecedor si desea alcanzar beneficios celestiales:

Bendito seas, mi Dios, que dais el sufrimiento  
como divino remedio a nuestras impurezas  
y cual la mejor y la más pura esencia  
que prepara los fuertes para las santas voluptuosidades

Yo sé que reservarás un lugar para el Poeta  
en las filas bienaventuradas de las santas legiones  
y que lo invitarás para la eterna fiesta  
de los tronos, de las virtudes, de las dominaciones.  
Yo sé que el dolor es la nobleza única  
donde no morderán jamás la tierra y los infiernos,  
y que es menester ara trenzar mi corona mística  
imponer todos los tiempos y todos los universos (1977, p7).

El poeta es un mesías que en vida denuncia los pecados de los hombres, sufre como Cristo en el viacrucis pero sigue hasta el final, acepta situaciones y momentos que como artista redime y hace que su madre participe de su realidad, una situación en la que el silencio y la aceptación de mujer la asemejan a la madre de Cristo, quien en silencio y sin mayor comprensión asume la vida de un pequeño que será señalado y maltratado por los que en un principio se mostraron semejantes a él, desde su humanidad, claro está.

Luego de este acercamiento a uno de los poemas de Baudelaire podemos asegurar que presenta una habilidad en el manejo de las semejanzas y comparaciones que es de admirar; y con esta idea resulta necesario dar una mirada al final del poema “El Albatros”, en el cual Baudelaire expresa: “El poeta se asemeja al príncipe de la nube/ que frecuenta la tempestad y se ríe del arquero;/ exiliado sobre el suelo en medio de la grito,/ sus alas de gigante le impiden marchar”; (1977, p.9) es el albatros una imagen majestuosa en su propio ambiente, pero a su vez es atrapado para dar al cazador un punto a favor en relación a la torpeza del ave, y según Baudelaire, eso pasa al poeta, es admirado por quienes lo rodean,

para luego ser señalado y sacrificado por quienes lo bajan de su vuelo e inspiración, teniendo así la oportunidad de inmolarlo en público.

Existen poemas que pueden ser, para nuestro interés, de conexión entre un poema y otro, ya que dan continuidad a relatos anteriores y abren las puertas para nuevos escritos que nos sirven para fundamentar la antropología que rastreamos, un ejemplo de este es “Elevación”, el cual continua mostrando un simbolismo en donde el poeta se muestra como poseedor de poderes y que hace uso de su cuerpo como herramienta de deseos “feliz aquel que puede” (1977, p.10) porque se convierte en un soñador, así como lo fue Baudelaire, un soñador que hizo uso de su cuerpo para imaginarse cosas impensables o inalcanzables por su propia realidad.

Retomando la idea de lo religioso para Baudelaire, el ser humano no deja nunca de hacer parte de la naturaleza creada y por ende no deja el lazo de unión con lo divino, de la afectación del tiempo y de su propia evolución. Es por esto que está en una constante resignificación de las cosas y del uso del lenguaje, el cual nos permiten crear una imagen de un hombre con necesidad de expresión, con deseo de comunicación y sobre todo con una imaginación de tal tamaño que es capaz de crear correspondencias con sus sentidos, “Hay perfumes frescos como carnes de niños” (1977, p. 11), es decir, el hombre que Baudelaire reconfigura sus sentidos con recuerdos opuestos al mismo, razón por la cual, muchos seres humanos son dignos de admiración, ya que poseen la capacidad de adentrarse en su propio lenguaje y dar mayor amplitud y aplicación al mismo.

Hasta este punto, los poemas plantean una relación del hombre con la naturaleza y por ende con Dios a través de esta, relación que en ocasiones puede ser cuestionada porque se hace difícil elaborar una diferenciación entre el punto de vista o el grado de relación que sostiene el hombre con ambas; al hablar de Dios en los poemas de Baudelaire, podríamos presentar una dificultad inicialmente de forma y no tanto de fondo, ya que es posible tomar lo relacionado con Dios desde el ámbito de lo sagrado y direccionar el análisis al valor de las correspondencias en cuanto a complementariedad de la materia, es decir, el valor del

objeto observado y su correspondencia con un recuerdo olfativo y este a su vez, puede tener una relación con la memoria auditiva, dando lugar con eso a múltiples creaciones mentales.

A propósito de la memoria sensorial, en Baudelaire surge la memoria como un juego que hace al hombre y al poeta añorar los días pasados, “Yo amo el recuerdo de esas épocas desnudas” (1977, p.12), vivir de imágenes que le recrean esperanzas para no caer en el olvido, para no desligarse de su historia, de lo que fueron y sobre todo de aquello que ahora la modernización les obliga a dejar: su individualidad “cuando el hombre y la mujer en su agilidad/ gozaban sin mentira y sin ansiedad” (1977, p.12), cuando la libertad hacia parte de su vocabulario y el gozo por la naturaleza les permitía hacer de su historia una serie de acontecimientos distintos y no, como se les presentaba en la modernidad, una repetición de hechos que introducían el concepto de monotonía en el lenguaje. Por esta razón el hombre cambia, se trata de adecuar en las nuevas rutinas y deja su libertad para iniciar a vivir con temor, con un miedo que no lo deja expresar lo que desea, lo que siente; “El poeta actualmente, cuando quiere concebir/ estas nativas grandezas, en los lugares donde se dejan ver/ la desnudez del hombre y de la mujer,/ siente un frío tenebroso en volver su alma/ ante este negro cuadro lleno de espanto” (1977, p.12). Ya no se disfruta de los misterios de la naturaleza, ya la vida no se vive en plenitud, ya el miedo se ha apoderado de todos y no deja vivir, no permite hablar desde lo que se piensa y por el contrario lleva a los hombres a pensar para callar, claro está en aquellos que aun piensan, porque el mismo sistema, creado por hombres, ha llegado al punto de moldear a todos y cada uno de ellos a su deseo, a su necesidad y conveniencia; por esta razón nuestra “antropología” puede verse modificada según las necesidades de la época y en pequeños espacios de la historia, personajes como Baudelaire, se han atrevido a denunciar esta situación y se han visto expulsados del sistema y de lo normalmente posible: una familia, un puesto social, entre otros; por esta razón es necesario revestirse con el manto que la sociedad desea y usar sus mismos pasos para poder ser críticos en el momento de pensar, es así como nuestro autor no fue ajeno a su entorno, así le fuese necesario “actuar” a su manera, para poner su capacidad de análisis y crítica a prueba; “nosotros tenemos, es verdad, naciones corrompidas,/ de los pueblos antiguos, bellezas ignoradas:/ rostros corroídos por los chancros del corazón” (1977, p. 12).

Cabe señalar que Baudelaire leyó la historia de la humanidad y en ella descubrió que el arte hacia parte de aquellas señales que los hombres daban para sentirse vivos, para salir de la opresión y de la monotonía de la que anteriormente hablamos, pero sobre todo era utilizada para darse el gusto de ser leídos, aunque fuera después de su muerte, porque la cotidianidad de sus vidas, la pasión con que vivieron en su siglo y el legado que dejaron los convirtió en pieza clave para rastrear en su arte los valores sociales que en aspectos políticos o económicos pueden verse perdidos entre las líneas que narran nuestro pasado. El poema “Los Faros” es un compendio claro de artistas atrapados en el caos de sus emociones y de las obligaciones sociales, de vivencias humanas y sentires de un nivel tal que los lleva a ser incomprendidos:

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza (...) Leonardo da Vinci, espejo profundo y sombrío, (...) Rembrandt, triste hospital lleno de murmullos, (...) Miguel Ángel, lugar impreciso do véñse los Hércules (...) Puget, melancólico emperador de los forzados (...) Watteau, este carnaval en el que no pocos corazones ilustres/ como mariposas, flotan relucientes, (...) Goya, pesadilla llena de cosas desconocidas, (...) Delacroix, lago de sangre obsedido por malvados ángeles, (...) (1977, p. 13)

De igual manera que estos autores Baudelaire queda atrapado en el desasosiego que invade al ser humano en cualquier momento, entra en la lucha por encontrar la manera de hacer sobrevivir su locura, de permitirse fecundar sus deseos y lograr hacer creaciones reales en donde la cotidianidad y lo simple sean características de su ser. Baudelaire es un Mesías que se esfuerza por encontrar la manera de no caer en el olvido y a su vez de no dejar su memoria y el recuerdo del pasado, es por eso que en varias de sus líneas se encuentra el eco de las voces antiguas que están en una continua renovación a lo largo de la historia, como sucede en su poema La Musa Enferma:

Yo quisiera que exhalando el perfume de la salud  
Tu seno de pensamientos fuertes fuera siempre frecuentado,  
Y que tu sangre cristiana corriera en oleadas rítmicas,  
Como los sonos numerosos de las sílabas antiguas,  
Donde reinan vez a vez el padre de las canciones,  
Febo, y el gran Pan, el señor de las mieses. (1977, p. 15)

Cabe señalar que en Baudelaire existen dos conceptos relevantes que se integran obligatoriamente con lo antropológico, y son el recuerdo y lo cotidiano porque el hombre es un sujeto de esperanzas, las cuales, así sean ocultas o dejadas de lado se reflejan en su cotidianidad, este está siempre a la espera de un mejor mañana, de una nueva oportunidad o de un sinfín de cambios que pueden generarle un estado de seguridad plena y que se cree fue posible en el pasado, en el cual se disfrutaba con mayor placidez de la presencia y compañía de las musas. Esta figura de inspiración siempre se ha hecho presente en la vida de los artistas con una belleza terrenal que simplemente les roba el sueño, les da los ánimos suficientes para seguir adelante, para cambiar el rumbo de sus obras o para levantarse un día más lejos de los más bajos placeres; la musa también motiva o reanima, ella usa sus encantos para atravesar barreras que parecen imposibles y el hombre se muestra apasionado por su belleza, situación que se vive a lo largo de toda la historia de la humanidad y que da paso a grandes creaciones artísticas.

De la misma manera en que aceptamos a la musa como fuente de belleza e inspiración, resulta necesario que reconozcamos en la línea de Baudelaire que la tragedia está aun en los mejores momentos y que la musa inspira en ocasiones desde su dolor, su tristeza y su realidad, la musa necesita hacer de su vida un merecimiento digno de admirar, para lograr con esto recibir el título de musa, de bella o de mujer; pero no solo le ocurre a ella, entre las paredes de cualquier claustro puede existir un hombre que desde su rutina desea ser reconocido o recordado por sus obras y que luego de llegada su muerte pueda pasar a la historia como una semilla que ha imagen de Cristo, germinó y dio fruto bueno; es Baudelaire un arriesgado que se atreve a describir la cotidianidad de los humanos, es él quien decide poner diálogos en boca de alguien que tal vez no existió, pero al mismo tiempo es quien nos describe cada realidad desde su propia realidad. Con lo anterior no se puede más que traer a estas páginas algunos apartes del poema titulado El Mal Monje:

En días que de Cristo florecían las semillas,  
Más de un ilustre monje, hoy poco citado,  
Tomando por taller el campo santo,

Glorificaba la muerte con simplicidad. (1977, p.17)

Hasta este punto hemos abordado algunas líneas en las que la narración se elabora desde la observación de otros, así pues Baudelaire también se reflejó en sus líneas, buscando con esto dejar a un lado su pasado y poder darse paso a sí mismo a nuevos escenarios que le permitieran por fin alcanzar la plenitud de su vida, estado que solo es posible si se logra reconocer su propia historia, y la mejor ejemplificación de la aceptación de su pasado se hace evidente en la frase inicial del poema “El Enemigo” en el cual asegura que “Mi juventud no fue sino oscura tormenta” (1977, p.18), y con la que podemos vivenciar como la aceptación de este momento de su vida le permite expresarse en un pasado acabado y no deja entre líneas la posibilidad de continuar así; además fue enfático en lo que hace de esa etapa de su vida una tormenta: “atravesada, a rachas, por soles deslumbrantes;/ hicieron tal destrozo los truenos y las lluvias/ que apenas, en mi huerto, queda un fruto encarnado” (1977, p.18). Baudelaire acepta su momento de cambio y busca en sus palabras la mejor manera para expresar su nueva etapa de vida, rastrea en su lenguaje cómo es posible que un hombre, usando las cosas cotidianas de él mismo pueda hacerse entender aun con el pasar de los años; Baudelaire desea ser metafórico en su explicación de la vida y se sitúa en el momento exacto en el que la renovación hace de lo creado un nueva oportunidad:

He alcanzado el otoño del pensamiento, creo  
y es necesario ahora usar pala y rastrillo  
para poner a flote las anegadas tierras  
donde el agua abrió huecos, inmensos como tumbas.  
¿Quién sabe si las nuevas flores con las que sueño,  
hallarán en mi suelo, yermo como una playa,  
el místico alimento para darles vigor? (1977, p.18)

Baudelaire utiliza su propia historia para crear un estilo literario que busca, desde la simbología, desdibujar la imagen perfecta de una sociedad moderna, la cual tiene, al igual que el propia Baudelaire al tiempo como su más grande enemigo, el cual se encarga de corroer y desgastar las mentiras más ocultas y las verdades más agotadas, “-¡Oh dolor! ¡Oh dolor! Comer a la vida el tiempo,/ y el oscuro enemigo que el corazón nos roe,/ crece y se

fortifica como nuestra propia sangre” (1977, p.18). Es la vida del poeta una tierra seca por el clima que añora dar nuevos frutos y aun con miedo, espera dar algo más que la aridez de su ser, porque los vicios lo rodean, lo alejan de su objetivo y su lucha es individual, sin rivales, no es más que él contra si mismo, contra sus propias creaciones.

De esta forma los poetas se ven reflejados en sus líneas porque cada una de ellas es fruto de la tierra que es su vida, la cual es abonada o permeada por las circunstancias. Es por esto que Baudelaire también produce según lo que obtiene en su proceso de conocimiento y un ejemplo que esto es lo ocurrido con el poema titulado “El de la mala suerte”, cuyo nombre era “El artista desconocido”, el cual fue modificado luego de un acercamiento de nuestro autor a Edgar Allan Poe y su expresión *Le guignon* (mala suerte), la cual resulta de gran importancia en la vida de todo ser humano y por ende, diríamos nosotros, modificaría o aportaría al concepto de hombre como tal; ya que inicialmente para Baudelaire, según su texto “Consejos a los jóvenes literatos” publicado en 1846, la mala suerte ocurre porque te falta algo: “estudia qué puede ser ese algo y estudia la conjunción de las voluntades que te rodean para poder cambiar de sitio más fácilmente su circunferencias”. Pero el poeta no se queda solo con esta afirmación, él mismo es consciente que debe emprender una búsqueda en sí mismo para modificar eso hechos en los que “la mala suerte” se hace presente, para así tener mejores resultados en un siguiente intento; entonces es el hombre un ser de intentos, de errores y de equivocaciones, pero sobre todo un ser con la capacidad para volver a hacerlo de nuevo.

Como ya hemos mencionado, los poetas se ven atrapados en su propia vida, en un laberinto de emociones que se relaciona estrechamente con sus letras, es por esta razón que le es posible moverse entre el orgullo de la belleza y lo profundo del dolor en relación con lo fatal de la vida; Baudelaire se entrega por completo a los vanos intentos por colocar un tinte alegre en sus palabras, nada es convincente y por el contrario, trata de expresar su alegría a través de otras palabras o ideas, las cuales iremos descubriendo más adelante. El artista, como creador de ideas nuevas o de propuestas realistas y casi escandalosas, es consciente de su papel en el mundo; él sabe cuál será su sufrimiento por dedicarse a

develarles a los hombres su entorno, el cual incluye sus miserias, pecados y pasiones, además de todo aquello que a simple vista es repudiado, pero quizás deseado por esos mismos que señalan o tachan algo de malo o perverso; el hombre oculta su realidad y teme mirar atrás, pero Baudelaire es un convencido de la riqueza que existe en lo clásico, y es por esto que se ve en un continuo viaje entre los valores del pasado y su presente. Es así como logra reconocer a la belleza como el elemento por el cual el hombre es atado a la naturaleza, a lo mundano, es la admiración de las cosas y la vivencia que experimenta al hacerlo lo que lo motiva a seguir, a mirar y sobre todo a admirar, pero que mejor ejemplificación de esto que su poema “La Belleza” (1977, p. 25)

Soy hermosa ¡oh mortales! Como un sueño de piedras;  
Mi seno, donde todos por turno se han herido,  
Es tal para inspirarle al poeta un amor  
Eterno y silencioso, igual que la materia.

Pero los hombres no son solo belleza terrenal y deleite celestial, el hombre al que nos referimos y del cual escribió Baudelaire también es consciente de que existe un castigo o una vida después de esta, con lo que demuestra una vez más que se cree en un ser superior que tiene conocimiento de lo que hacemos en esta vida, y como tal exige o da un pago o recompensa por los actos humanos; es por esta razón, que en su lenguaje también es posible leer el infierno que existe como espacio para purgar las faltas y donde el paisaje es oscuro, frío y tenebroso; porque para Baudelaire, allí se paga lo que se hace y se logra alcanzar una conciencia de los actos no aptos para la realidad, actos que tienen a la sociedad de Baudelaire consumida por la ausencia de valores y el exceso de pecado; actos que llevaron a Don Juan a los infiernos y son narrados así:

Cuando Don Juan descendió hacia la onda subterránea  
Y hubo dado su óbolo a Caronte,  
Un sombrío mendigo, la mirada fiera como Antístenes,  
Con brazo vengativo y fuerte empuñó cada remo.  
  
Mostrando sus senos flácidos y sus ropas abiertas,



Las mujeres se retorcían bajo el negro firmamento,  
Y, como un gran rebaño de víctimas ofrendadas,  
En pos de él arrastraban un prolongado mugido. (1977, p 23)

Es así como los hombres son castigados por sus pecados, por su soberbia y sobre todo por su orgullo, porque al reconocer la necesidad de un castigo por sus malos actos, admiten la existencia de un ser creador al cual le deben obediencia y respeto; pero sobre todo el hombre sabe que aquello que se le entrega se le puede quitar nuevamente: este no puede hacer mal uso de la naturaleza, no debe aprovecharse de lo que tiene y tampoco le es lícito abusar de lo que posee, no debe dejarse influenciar por las fuerzas del mal y mucho menos sublevarse ante lo creado, porque es en ese momento en el que pierde el respeto por lo otro y cree tener el poder sobre lo que lo rodea, degenerando con esto a la sociedad y con ella a la naturaleza. Baudelaire en su poema “Castigo del Orgullo” reconoce una vez más las debilidades humanas y otorga con esto fundamentos para afirmar que él mismo reconocía al hombre como humano frágil y pecador:

En los tiempos maravillosos en que la Teología  
Florece con la máxima savia y energía,  
Se cuenta que un día un doctor de los más grandes, (...)  
Cual un hombre encaramado muy alto, presa del pánico,  
Exclamó, transportado por un orgullo satánico:  
“¡Jesús, pequeño Jesús! ¡te he impulsado tan alto!  
Pero, si yo hubiera querido atacarte a despecho  
De la armadura, tu vergüenza igualaría a tu gloria,  
Y tú no serías más que un feto irrisorio!”  
  
Inmediatamente su razón desapareció.  
El brillo de ese sol con un crespón se cubrió;  
Todo el caos rodó en esa inteligencia,  
Templo en otro tiempo viviente, pleno de orden y de opulencia,  
Bajo las bóvedas del cual tanta pompa había lucido.  
El silencio y la noche se instalaron en él,  
Como una bodega cuya llave se ha perdido. (1977, p.24)

Al afirmar que se obtienen castigos por las malas obras es necesario reconocer también que se reciben dones que hacen del disfrute de la vida un aroma envidiable; y eso pasa con los poetas, los cuales, como seres creados, adquieren un deseo profundo por lo sensible, lo humano y lo real; y es por esto que con Baudelaire los sentidos cobran vida, “Cuando, los ojos cerrados, en una cálida tarde otoñal,/ Yo aspiro el aroma de tu seno ardiente,/ veo deslizarse riberas dichosas/ que deslumbran los rayos de un sol monótono” (Himno a la belleza. 1977, p.29); aunque estos sentidos deberían ser para todos los seres humanos a manera de regalo divino, ya que es otra forma de lenguaje: una manera especial de comunicación entre todo lo que es naturaleza, en especial cuando es el hombre quien hace uso de todo tipo de recursos para dar a entender lo que desea expresar; por esta razón el hombre es un ser que fundamenta su realidad en la comunicación, en las relaciones interpersonales y sobre todo en la necesidad de expresión.

Pasemos entonces a mirar la necesidad de expresión del ser humano desde la realidad del poeta, la cual se ve y es aceptada como bella, como musa de inspiración; como el mejor motivo para salir a conquistar el mundo; pero para hacer esto posible es necesario vestirse de “alguien” y es por esta razón que utiliza la apariencia del *dandy* que hemos explicado con anterioridad y que es posible evidenciar en esos hombres de sociedad que habitan sus poemas, pero ellos no son los únicos personajes con los cuales se conquista, también Baudelaire da vida a seres cotidianos y simultáneamente temerosos, que en sus poemas pueden ser sinónimo de oscuridad y por ende de maldad, situación que no es ajena a su época, y que por el contrario, busca encontrar un punto de equilibrio en sus deseos para no llegar a destruir al hombre; “Yo prefiero a la constancia, al opio, a la noche,/ el elixir de tu boca donde el amor se pavonea;/ cuando hacia ti mis deseos parten en caravana,/ tus ojos son la cisterna donde beben mis hastíos” (Sed non satiata, 1977, p. 34)

En resumen, la sociedad de Baudelaire lo invita a estar en constantes comparaciones entre lo bello y lo pecaminoso, lo humano y los movimientos de la naturaleza, los estados de ánimo y el tiempo o el clima, dándole con esto elementos para lograr ubicar al hombre en diversos ámbitos, convirtiéndolo en un multifacético de la realidad, logrando con esto

abarcas espacios tan someros como definidos, como lo es el encuentro con la muerte, la cual para Baudelaire hace parte de la esencia del ser humano y por eso también es necesario hablar de ella, porque hace al hombre finito, imperfecto y contingente; siendo esta la razón por la que resulta necesario abordar este hecho como un proceso natural por el que debe pasar la materia en este caso el cuerpo, situación que genera un grado de repudio físico como también lo vive el hombre con el arte y el amor. Baudelaire es un descriptor de realidades que siempre busca llevar los sentidos al límite y hace al hombre un objeto obligado a vivir todas las etapas humanas, es por esto que su poema “Una Carroña” es en este sentido la mejor descripción de la finitud humana y de la necesidad de entrega y olvido:

Recuerdas el objeto que vimos, mi alma,  
Aquella hermosa mañana de estío tan apacible;  
A la vuelta de un sendero, una carroña infame  
Sobre un lecho sembrado de guijarros,

Las piernas al aire, como hembra lubrica,  
Ardiente y exudando los venenos,  
Abría de una manera despreocupada y cínica  
Su vientre lleno de exhalaciones.

El sol dardeaba sobre aquella podredumbre,  
Como si fuera a cocerla a punto,  
Y restituir centuplicado a la gran Natura,  
Todo cuanto ella había juntado;  
Y el cielo contemplaba la osamenta soberbia  
Como una flor expandirse.  
La pestilencia era tan fuerte, que sobre la hierba  
Tú creíste desvanecerte.  
Las moscas bordoneaban sobre ese vientre podrido,  
Del que salían negros batallones  
De larvas, que corrían cual un espeso líquido  
A lo largo de aquellos vivientes harapos.  
Todo aquello descendía, subía como una marea,

## BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA HISTORIA

O se volcaba centelleando;  
Hubierase dicho que el cuerpo, inflado por un soplo indefinido,  
Vivía multiplicándose.

Y este mundo producía una extraña música,  
Como el agua corriente y el viento,  
O el grano que un ahechador con movimiento rítmico,  
Agita y revuelve en su harnero.

Las formas se borraron y no fueron sino un sueño,  
Un esbozo lento en concretarse,  
Sobre la tela olvidada, y que el artista acaba  
Solamente para el recuerdo.

Detrás de las rocas una perra inquieta  
Nos vigilaba con mira airada,  
Espiendo el momento de recuperar del esqueleto  
El trozo que ella había aflojado.

-Y sin embargo, tú serás semejante a esa basura,  
A esa horrible infección,  
Estrella de mis ojos, sol de mi Natura,  
¡Tú, mi ángel y mi pasión!

¡Sí! Así estarás, oh reina de las gracias,  
Después de los últimos sacramentos,  
Cuando vayas, bajo la hierba y las floraciones crasas,  
A enmollecerte entre las osamentas.

¡Entonces, ¡Oh mi belleza! Dile a la gusanera  
Que te consumirán los besos,  
Que yo he conservado la forma y la esencia divina  
De mis amores descompuestos! (1977, p.37)

En este punto resulta necesario aclarar que la vida no solo se pierde con la muerte, el hombre también se destruye, se afecta en su cotidianidad; no cabe duda que para Baudelaire la modernización lo obliga a vivir, lo lleva a un punto en el que puede asegurar que las acciones de los seres humanos ya no dan vuelta atrás; se pierde la dignidad y sobre todo se pierde lo que uno es, lo que puede llegar a ser y lo que ha soñado; se deja atrás él lo clásico, el legado de lo antiguo y sobre todo el valor de lo aprendido; en el poema El Vampiro (1977) el hombre se enfrenta a sí mismo, a sus decisiones y a lo que es su vida; el abanico de posibilidades es amplio, pero las oportunidades pocas “¡Ah! El veneno y la espada/ me han desdeñado y me han dicho:/ “tú no eres digno de que te arranquen/ de tu esclavitud maldita” (p.40), es el ser humano quien se enfrenta a sus propias decisiones, el hombre llega a ser manipulador de sí mismo y de sus semejantes, llega a creerse dios y a elaborar reclamos a su presente, porque siempre será difícil que se acepte con agrado lo que a cada quien le toca vivir, e incluso se siente lastima por el otro, desconociendo su propia realidad y el porqué de lo que le toca vivir; “Una noche que estaba junto a una horrible judía,/ como a la vera de un cadáver, un cadáver tendido,/ me dedique a pensar, cerca de aquel cuerpo vendido,/ en la triste belleza de la que mi deseo se priva” (Una noche, 1977, p.41). Una vez más se hace presente el amor, la pasión y la muerte como combinación que surge en la vida del hombre y Baudelaire los dibuja desde su extraño romanticismo y sobre todo desde su propia realidad y tenemos aquí otro vivo ejemplo de esta situación: “Remordimiento Póstumo” (1977)

Cuando tú duermas, mi bella tenebrosa,  
En el fondo de un mausoleo construido en mármol negro,  
Y cuando no tengas por alcoba y morada  
Más que una bóveda lluviosa y una fosa vacía;

Cuando la piedra, oprimiendo tu pecho miedosa  
Y tus caderas que atemperaban un deleitoso abandono,  
Impida a tu corazón latir y querer,  
Y a tus pies correr su carrera aventurera,

La tumba, confidente de mi ensueño infinito

## BAUDELAIRE: UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA RASTREADA EN LA HISTORIA

(Porque la tumba siempre interpretará al poeta),  
Durante esas interminables noches de las que el sueño está proscrito,

Te dirá: “¿De qué te sirve, cortesana imperfecta,  
No haber conocido lo que lloran los muertos?”  
-Y el gusano roerá tu piel como un remordimiento.

Pero hay más: cuando el hombre se entrega a su realidad en relación con la muerte y lo superior, no todo es tan desagradable o impactante como puede leerse en un primer momento, Baudelaire también se entrega a una descripción más poética, en la cual la misma naturaleza hace parte de él, como en el poema “El Gato” con el que hace honor a su admiración por la belleza, creando un lazo con lo humano, el recuerdo y sobre todo con su capacidad de sentir, todo esto en relación con su entorno:

Quando mis dedos acarician complacidos/ tu cabeza y tu lomo elástico,/ y mi mano se embriaga con  
el placer/ de palpar tu cuerpo eléctrico,// veo a mi mujer en espíritu. Su mirada,/ como la tuya,  
amable bestia,/ profunda y fría, corta y hiende como un dardo. (1977, p. 43)

En este sentido el amor y la pasión de Baudelaire son descargados sobre una criatura que le permite sentirse emocionalmente vivo, por lo que nos es posible asegurar que a pesar de todo su contexto, como ser humano posee emociones internas que lo motivan a continuar con su camino; razón por la cual, no podemos negar que el hombre, lejos de la modernización de la época, aun es sensible y puede modificar sus acciones si ésta sensibilidad florece en el momento adecuado, como por ejemplo, cuando se coloca por encima el bien de lo humano y no de lo económico.

Se ha dicho que Baudelaire no desconoce lo bello del pasado y vive en ocasiones, como otras personas: de los recuerdos; no se niega a sí mismo la posibilidad de volver la mirada atrás y con la capacidad crítica de su momento tiene la capacidad de llegar a elaborar grandes obras poéticas, incluso de hacer análisis sociales que para su momento le ocasionaron grandes señalamientos por descubrir la verdad que muchos trataban de tapar,

así como se cree poder tapar el sol con un dedo. “Yo sé del arte de evocar los minutos dichosos,/ y volví a ver mi pasado agazapado en tus rodillas” (El Balcón, 1977, p.45).

Es así como las creaciones del mesías, del poeta, se ven alimentadas por el recuerdo de sus anhelos y deja abierta la esperanza de cambios, novedades y aprendizajes; el hombre se fortalece en el silencio y se crea preguntas que lo dejan en el incierto, en la duda y en una situación en la que la incertidumbre es el principal elemento, “¿Qué dirás esta noche, pobre alma solitaria,/ qué dirás, corazón mío, corazón otrora marchito,/ a la hermosísima, a la buenísima, a la carísima,/ cuya divina mirada de pronto te ha reflorecido?” (Que dirás esta noche... 1977, p.52). Es posible, por lo tanto, asegurar que la realidad humana posee una variedad incertidumbres que nacen de inconformidades que hace al hombre una criatura que no se siente plena nunca, la hace anhelar otras situaciones e incluso envidiar la vida de otros seres, como aquellos que desde lo cultural se encuentran en un espacio celestial, sea porque hacen parte de la religiosidad humana o porque se adorna tanto, que se llega al punto de adorarlo como algo que es inaccesible; es por esta razón que Baudelaire describe de manera coherente esta situación humana digna de admiración en su poema “Reversibilidad”, en el cual la idealización de un ser se convierte en una descripción ideal de belleza y perfección:

Ángel lleno de alegría, ¿conoces la angustia,  
La vergüenza, los remordimientos, los sollozos, las molestias,  
Y los vagos terrores de esas horribles noches  
Que oprimen el corazón como un papel estrujado?  
Ángel lleno de alegría, ¿conoces la angustia?

Ángel lleno de bondad, ¿conoces el odio,  
Los puños crispados, en la sombra y las lágrimas de hiel,  
Cuando la venganza bate su infernal llamado,  
Y de nuestras facultades se hace la capitana?  
Ángel lleno de bondad, ¿conoces el odio?

Ángel lleno de salud, ¿conoces las fiebres,

Que a lo largo de los murallones pálidos del hospicio,  
Como exiliados, se marchan arrastrando los pasos,  
Buscando el raro sol y moviendo los labios?  
Ángel pleno de salud, ¿conoces las fiebres?

Ángel lleno de belleza, ¿conoces las arrugas,  
Y el miedo a envejecer, y este horrendo tormento  
De leer el secreto horror de la abnegación  
En los ojos donde largo tiempo bebieron nuestros ojos ávidos?  
Ángel lleno de belleza, ¿conoces las arrugas?  
Ángel lleno de ventura, de alegría y de luces,  
David moribundo habría pedido la salvación  
A la emanaciones de tu cuerpo encantado;  
Pero, de ti yo no imploro, ángel, más que tus plegarias,  
¡Ángel lleno de aventura, de alegría y de luces! (1977, p. 54)

Lo que también nos interesa aquí es que Baudelaire no solo habla a la vida real, también habla a sus sueños, a sus ilusiones y al mundo de fantasías que crea en su mente; creaciones en las que participan personajes que son parte de su vida en otra dimensión, porque no se conoce la existencia de estas personas en la Francia de su época, pero se sabe de ellos por las historias contadas por su propio creador. En el anterior poema es el ángel un ser de carne y hueso que camina por las calles de lo cotidiano, o puede ser también la imagen perfecta de la belleza. Es en este punto donde se descubre que el hombre también crea, no como el ser superior y creador anteriormente mencionado, sino como el artista de ilusiones.

Una ejemplificación de lo anterior se rastrea en el poema “la invitación al viaje”, en el cual es posible evidenciar la personificación de una imaginaria amante, a quien nombra con la palabra “hermana”, y a su vez hace referencia a la belleza de su país natal, para lograr con esto llevarla a todas partes; por esta razón el hombre visto con los lentes de Baudelaire, sugiere como necesidad de la raza humana llevar su legado y su historia, para hacer de su raza ejemplo y orgullo, el hombre un ser arraigado a sus raíces y por esto se enfrenta a su realidad, para no hacer (como muchos) de su contexto una realidad para dejar atrás, “Mi



niña, mi hermana,/ ¡Piensa en la dulzura/ de vivir allá juntos!/ amar libremente,/ ¡Amar y morir/ en el país que a ti se parece!” (1977, p.63)

Nuevamente se deja entrever el intenso deseo por encontrar la manera de hacer presente su pasado y con el lograr hacer que la naturaleza perdure en el tiempo, y es este el inmenso deseo del hombre por poder permanecer en la historia. Baudelaire busca pasar por los siglos con palabras, quedarse en el hoy, en la realidad y en lo que es el quehacer del hombre; la cotidianidad es propia de este lenguaje, es la herramienta más certera para hacerse leer por el común y al mismo tiempo por la mayoría de las sociedades de cada época, además es la descripción de lo cotidiano lo que permite sentir al autor cerca y sobre todo real. En el poema LXI “A una dama criolla” se hace evidente la manera en la que este escritor francés lleva a sus letras el paisaje y la una labor humana desde la humildad,

En el país perfumando que el sol acaricia,  
Yo he conocido, bajo un dosel de árboles empurpurados  
y palmeras de las que llueve sobre los ojos la pereza,  
a una dama criolla de encantos ignorados.

Su tez es pálida; la morena encantadora  
tiene en el cuello un noble amaneramiento;  
alta y esbelta, al marchar como una cazadora,  
su sonrisa es tranquila y sus ojos arrogantes. (1977, p.72)

La pasión y la belleza, desde la mirada de un poeta francés considerado maldito, posee un tinte agónico y triste, pero es esto lo que ellos desean crear en el lector, en su interior, en la parte más íntima del ser humano.

Hasta este punto en el acercamiento al poemario hemos logrado ver como el hombre es un creyente de las cosas que existen más allá de lo material o de lo real, esto entendido como lo que es posible encontrar entre lo divino y lo fantástico; situación que hacen del hombre un ser humano y por ende mortal. Pero esta búsqueda de lo divino no se aleja de lo real, y es por esto que los paisajes y la naturaleza han estado presentes y siempre se está en

una constante búsqueda del ideal que se desea conseguir por parte de quien vive y observa la realidad.

En este sentido los paisajes de Baudelaire son vistos como un espacio de tragedias, las cuales están en continua relación con la dimensión espiritual del hombre y en este sentido el *Spleen* es la cárcel que evita que el alma pueda ir en busca de sus ideales, y en varios poemas lo fue evidenciando; el alma vive una pesadilla de la que no es capaz de salir y por ende se encuentra atormentado por sus sentimientos y remordimientos, los cuales buscan constantemente marcharse por el medio que sea necesario. El título con el que inicia la primera parte del poemario es "*Spleen et Idéal*", expresión en la cual es posible percibir que la unión de estas dos palabras, es decir, "et", crea una oposición entre las demás, ya que si fuese posible llegar a un Ideal, este se convertiría en la solución para el Spleen, el cual es encontrado cuando se crea un enfrentamiento con el fracaso y la frustración, los cuales habitan en el alma y son la piedra del poeta para avanzar en sus sueños y por el contrario lo encierran en un sinfín de caos que lo hundan cada vez más en su propia tragedia.

Aunque es conocido por muchos, vale recordar que el término *Spleen*, indica un estado de melancolía que vive el hombre de manera muy profunda, el cual puede afectar a la prostituta, al político, al poeta y sobre todo al hombre que dramatiza cada uno de estos oficios u otros, así como el tan mencionado *Dandy* de nuestro capítulo anterior. La melancolía que vivían estas personas de inicios de la modernidad, también estaba relacionada con el estado económico de las mismas, las exigencias materiales y las carencias de dinero; y lo dice Baudelaire de manera clara en el poema "La musa venal" en la cual el dinero y la necesidad del mismo rotula a los hombres en los diversos espacios en los que se desenvuelve: "Necesitas, para ganar tu pan de cada día,/ como un monaguillo, manejar el incensario, entonar *Te Deum* en el que nada crees" (1977, p.17), es por esto que Baudelaire siempre se muestra sensible a su realidad y habla de la pobreza y las enfermedades como aspectos humanos que condenan al alma para evitar que alcance su Ideal y que por el contrario permanezca en el *Spleen*.

Dando continuidad al tema de la realidad y los diversos espacios que utiliza el poeta para describir las situaciones humanas, es posible retomar el poema “Spleen” en el cual Baudelaire se muestra incómodo con la ciudad, ya que es el escenario donde lo lúgubre y tenebroso juega con los habitantes como marionetas que son manipuladas al antojo del sistema, porque lo que nos presenta es a un hombre permeado por la necesidad de adaptación a una sociedad y por ende una pérdida total de dominio propio y al mismo tiempo de los valores que, hasta antes de la maquinización de las empresas, existían.

Dejando un poco de lado la idea de la realidad y los diversos escenarios, retomemos la personificación y el simbolismo en Baudelaire, para quién la imagen del gato surge como elemento para referirse nuevamente a personajes femeninos de los cuales el deseo y la pasión pueden jugar un papel importante en las relaciones humanas como una forma de evidenciar los diversos estados anímicos; ese gato busca una litera y puede ser flaco y repugnante, lo cual podría relacionarse a los males físicos del hombre que no son ajenos a nadie por más posición social que posea, y además puede ser, ese gato, el reflejo del alma de ese poeta que vaga triste como un “fantasma friolento”; miremos el poema “Spleen (I)” (1977, p. 86)

Pluvioso, irritado contra la ciudad entera,  
De su urna, en grandes oleadas vierte un frío tenebroso  
Sobre los pálidos habitantes del vecino cementerios  
Y la mortandad sobre los arrabales brumosos.

Mi gato sobre el ladrillo buscando una litera  
Agita sin reposo su cuerpo flaco y sarnoso;  
El alma de un viejo poeta vaga en la gotera  
Con la triste voz de un fantasma friolento.

El bordón se lamenta, y el leño ahumado  
Acompaña en falsete al péndulo acatarrado,  
Mientras que en un mazo de naipes lleno de sucios olores,

Herencia fatal de una vieja hidrópica,  
El hermoso *valet de coeur* y la *dama de pique*  
Charlas siniestramente de sus amores difuntos.

Y el hombre continúa con sus recuerdos, como si estos vivieran con él desde siempre y tiene la gran posibilidad de describir todo aquello que viene a su mente, desde las memorias más vagas hasta las más increíbles, el poeta busca liberar a su alma para alcanzar el Ideal, para llevarla a un estado máximo de gracia que lo ayude a desprenderse de todas las presiones que los otros, incluido el ambiente, le han impuesto, porque en Baudelaire el entorno afecta al hombre y la idea de un espacio y tiempo conjugados lo someten a su deseo y esto desequilibra a los individuos, porque los lleva a convertirse en sujetos de lo que sea, siempre y cuando sea sujetos ataos, adheridos a algo más. Los recuerdos forman la historia y dan elementos al sujeto para moldear su destino y con él, sus decisiones y opiniones frente a la realidad; en el poema “Spleen (II)” (1977, p. 87) Baudelaire elabora una demostración de lo que es la memoria y la capacidad que tiene para crear, razón por la cual se podría considerar que el ser humano da vida a sus memorias:

Yo tengo más recuerdos que si tuviera mil años.

Un gran mueble de cajones atiborrado de facturas,  
De versos, de dulces esquelas, de procesos, de romances,  
Con abundantes cabellos enredados de recibos,  
Oculta menos secretos que mi triste cerebro.  
Es una pirámide, una inmensa cueva,  
Que contiene más muertos que la fosa común.  
-Yo soy un cementerio aborrecido de la luna,  
Donde, como remordimientos, se arrastran largos gusanos  
Que se encarnizan siempre sobre mis muertos más queridos.  
Yo soy un viejo gabinete lleno de rosas marchitas,  
Donde yace toda una maraña de modas anticuadas,  
Donde los pasteles plañideros y los pálidos Boucher,  
Solos, exhalan el olor de un frasco destapado.  
Nada iguala en longitud a las cojas jornadas,

Cuando bajo los pesados flecos de las nevadas épocas  
El hastío, fruto de la melancolía incuria,  
Adquiere las proporciones de la inmortalidad.  
-Desde ya tú no eres más, ¡oh, materia viviente!  
Que una peña rodeada de un vago espanto,  
Adormecida en el fondo de una Sahara brumoso;  
Una vieja esfinge ignorada del mundo indiferente,  
Olvidada sobre el mapa, y cuyo humor huraño  
No canta más que a los rayos del sol poniente.

En este sentido Baudelaire es un hombre consiente de lo que tiene, pero al mismo tiempo siente la presión de lo que lo rodea, se mueve en un espacio en donde su riqueza no es válida y donde sus conocimientos no son necesarios, porque lo que vale es la materia y no las atrevidas letras que narran la realidad. El hombre está rodeado de continuas distracciones, es presa de lo que los demás desean hacer de él, el poeta es valiente pero debe enfrentarse a un ejército de animales hambrientos que no conocen de dolor o melancolía; el hombre representado en el poeta y en este caso en Baudelaire, es una lagrima sincera en medio de carcajadas malévolas, es la luz en toda la oscuridad, es el oro sin pulir y la solución a la necesidad que no se reconoce como tal; y la mejor descripción de esto lo hace el mismo Baudelaire al escribir en primera persona el “Spleen (III)”, en el cual se reconoce grande en medio de una caza moderna que lo persigue para acorralarlo sin piedad:

Yo soy como el rey de un país lluvioso,  
Rico, pero impotente, joven y no obstante antiquísimo,  
Que, de sus perceptores despreciando las reverencias,  
Se hastía con sus perros como con otras bestias.  
Nada puede distraerle, no caza, ni halcón,  
Ni su pueblo muriendo ante su balcón.

Ahora bien, que mejor manera de ir concluyendo esta primera parte, que arriesgarnos a abordar el poema LXXXXII “Horror Simpático” (1977, p. 93) en el cual Baudelaire describe a su manera la vivencia del alma y el *Spleen*, la lucha del hombre con su miseria y la eterna demostración de la naturaleza sobre las desgracias humanas. El cielo se entristece,

el paraíso es acomodado al antojo de cada quien y los colores traen el factor lúgubre que envuelve al alma y no le deja aspirar algo más allá como la plenitud en la felicidad y con la dicha entre la pasión y el arte. En este camino Baudelaire busca la mirada sensible de lo real, rastrea lo más humano en lo sencillo y sobre todo se esfuerza por expresar lo que sus sentidos perciben y lo que su alma anhela; este poeta experimenta la vida y la muerte en el mismo instante, la dicha y la desgracia hacen parte de su ser y las letras son el canal por el que da al mundo lo que él es:

Desde este cielo extravagante y lívido,  
Atormentado como tu destino,  
¿Qué pensamientos en tu alma vacía  
Descienden? Responde, libertino.

-Insaciable, ávido  
De lo oscuro y lo incierto,  
Yo no gemiré como Ovidio  
Arrojado del paraíso latino.

Cielos desgarrados como arenales  
En vosotros se contempla mi orgullo;  
Vuestras amplias nubes enlutadas

Son los carros fúnebres de mis sueños,  
Y vuestros fulgores son el reflejo  
Del infierno donde mi corazón se complace.

Aun así en Baudelaire el tiempo pasa y el hombre no deja nada atrás, sus recuerdos se hacen presentes en cada momento en el que se requieran, la memoria del hombre es suya y por ende lo acompaña a todo lugar, nada queda atrás, ni siquiera los remordimientos; los actos para olvidar son más presentes que nunca y esas acciones que se hicieron pensando que serían especiales y nunca lo lograron alimentan la melancolía, atormentando al hombre cada día y reflejando ese estado en cada contexto:

¡Reloj! ¡Divinidad siniestra, horrible, impasible,

cuyo dedo nos amenaza y nos dice: *¡Recuerda!*  
los vibrantes dolores en tu corazón lleno de terror  
se plantarán pronto como en un blanco” (El reloj, 1977, p. 97)

Somos reflejo de lo que deseamos ser, hacemos de nuestro cuerpo, como materia, lo que deseamos hacer y jugamos a ser dioses, queriendo manipular el entorno, por esta razón el punto más vulnerable de lo humano aparece, según Baudelaire en lo citadino y en especial en la codificación el hombre.

Cabe señalar ahora que Baudelaire, a diferencia de otros poetas o escritores parisinos, no desea vender la típica imagen descriptiva de la ciudad, por el contrario, él está hambriento por ahondar en otros aspectos, los cuales pueden revelar la verdad de quienes habitan en la ciudad; su intención en ningún momento es hacer de cada descripción un derroche de calificativos, por el contrario, él desea mostrar como su París desfallece, se pierde entre las sombras y deja atrás lo que en algún momento fue, y con esto lo que en el pasado fueron los hombres, evocando nuevamente el deseo por lo clásico y esto es perceptible en “los siete ancianos” poema escrito a Víctor Hugo y en el cual lo misterioso y lúgubre trata de dar vida a nuevas cosas:

Hormigueante ciudad, llena de sueños,  
Donde el espectro en pleno día agarra al transeúnte  
Los misterios rezuman por todas partes como las savias  
En los canales estrechos del coloso poderoso.

Una mañana, mientras que en la triste calle  
Las casas, cuya altura prolonga la bruma,  
Simulaba los dos muelles de un río crecido  
Y que, decoración semejante al alma del actor,

Una niebla sucia y amarilla inundaba tanto el espacio,  
Yo seguía, atesando mis nervios cual un héroe  
Y discutiendo con mi alma ya cansada. (1977, p. 104)

Dando continuidad a la idea del espacio o los escenarios en donde el hombre realiza su cotidianidad, es necesario reconocer que su cuerpo se relaciona con la ciudad, las calles y los espacios, porque en ellos encuentra un referente, en especial el poeta; las lágrimas y la lluvia, el firmamento y la mirada, los sonidos y las palabras son algunas de las correspondencias que en Baudelaire se puede evidenciar. El hombre es reflejo de su realidad, el ser humano es lo que ha hecho de su mundo porque este, sin dudarlo, lo afecta y aún más: lo dirige, lo domina y lo gobierna. El cuerpo material y el espacio físico – temporal afectan al alma y la atan prisionera a su miseria, dando paso con esto a una lucha insaciable de emociones que el poeta trata de expresar. El alma es llevada casi a la muerte por manos de la ciudad, la cual la hace pecar y aferrarse a lo material para que olvide su deseo o Ideal.

Así mismo lo cotidiano, la hermosura y la belleza hacen parte de la vida de la ciudad, la muerte y el pecado están en todo y el poema LXXXVIII “A una mendiga pelirroja” (1977, p. 100) lo hace evidente, porque en él Baudelaire hace una descripción detallada de la realidad humana, la cual se evidencia en la ciudad y otorga un espacio a cada hombre, con sus quehaceres y desavenencia. Pero a diferencias de lo que muchos pueden creer, Baudelaire también se apodera de sus poemas y se hace participe en ellos, toma un papel principal y se presenta como descriptor de hechos cotidianos y realidades dolorosas:

Blanca muchacha de cabellos rojizos,  
Cuyo vestido por los agujeros  
Deja ver la pobreza  
Y la belleza,

Para mí, poeta enclenque,  
Tu joven cuerpo enfermizo,  
Lleno de pecas,  
Tiene su dulzura.

Tú llevas más galantemente  
Que una reina de romance



Sus coturnos de terciopelo  
Tus zuecos burdos.

Siendo este tema ciudadano de gran importancia es preciso citar a Walter Benjamín, quien en una de sus publicaciones titulada “Notas sobre los cuadros parisinos de Baudelaire” plantea:

Solamente un lector que haya comprendido lo que significa el borramiento de la ciudad en la poesía urbana de Baudelaire podrá entrever la significación de algunos versos que van al encuentro de este procedimiento. En Baudelaire, la discreción en la evocación de la ciudad no excluye el trazo cargado ni la exageración. (1939, p.9),

Demostrando con esto que fue consciente del uso de sus palabras ya que nunca utilizó el lenguaje para ocultar las realidades o para pintarlas de otra manera, por el contrario siempre fue directo al punto del cual deseaba hablar. En el poema XCII, “Los ciegos” (1977, p. 109), describe esta realidad de manera cruda y para muchos, vulgar; él no le teme a la denuncia, a nombrar las cosas por lo que son o como son, por el contrario, disfruta haciendo su labor de narrador de la realidad: “¡Contéplalos, alma mía, son realmente horriblos!/ parecidos a maniqués; vagamente ridículos;/ terribles, singulares como los sonámbulos;/ Asestando, no se sabe dónde, sus globos tenebrosos”.

Seguido a esto, y con la misma sensibilidad que se percibe cuando habla de la muerte o el deseo, Baudelaire se deja conquistar por lo urbano y escribe pensando desde la modernidad, lo que indica que como artista se ha dejado permear por lo actual y de ser así, los demás ciudadanos también lo han hecho, porque son ellos los primeros en ser absorbidos por el entorno; pero cabe aclarar que ese entorno es París, ese París que desde siempre fue un testigo silencioso de lo que ocurría en sus calles más oscuras. En “Aun transeúnte” (1977, p. 110) Baudelaire habla de su realidad, describe su cotidianidad y sobre todo nos cuenta como es París:

La calle ensordecedora alrededor mío aullaba.  
Alta, delgada, enlutada, dolor majestuoso,  
Una mujer pasó, con mano fastuosa

Levantando, balanceando el ruedo y el festón;

Ágil y noble, con su pierna de estatua.

Yo, yo bebí, crispado como un extravagante,

En su pupila, cielo lívido donde germina el huracán,

La dulzura que fascina y el placer que mata.

Un rayo... ¡luego la noche! – Fugitiva beldad

Cuya mirada me ha hecho súbitamente renacer,

¿No te veré más que en la eternidad?

Son entonces los cuadros parisinos la más perfecta representación de las miserias humanas; la melancolía, la pobreza y la fatiga son parte de la cotidianidad de los transeúntes, la vida desenfadada esta en relación directa con el exceso de placer y por ende la prostitución. Paris es el lugar en el que todos existen pero a la vez ninguno, las personas son indiferentes, se ignoran y las dificultades en la comunicación dominan el hombre: se hace presente la negación del otro como ser y el mundo se convierte en un espacio de eternas posibilidades.

Continuemos pues con el avance del texto y adentrémonos en los temas de la embriaguez humana y los sueños, los cuales se hacen realidad por medio de la poesía y se viven cuando se es leída la pasión con la que se escribe. El hombre busca en que sumergirse para abstraerse de su realidad, y es por esta razón que acude, como dice Baudelaire, a “paraísos artificiales” para procurar hacer salir su alma del encierro en el que cada día se condena. El hombre desde diversos ámbitos muestra a Baudelaire como lograr huir de la sociedad, como esconderse de su propia creación y busca embriagarse para olvidar lo que lo condena, para vivir lo imposible o para soñar con lo prohibido; pero la realidad es una y siempre debe afrontarse, porque de la misma manera en que se sueña, se despierta y solo se descubre que se continua en el fracaso, la ignorancia y el olvido, los cuales en el momento de éxtasis, pasan a esconderse tras la cárcel que custodia el alma, y esta entre ilusiones cree volar por el instante en el que dura la poesía y el arte.

En este orden de ideas es necesario traer de la memoria los diversos los vinos que embriagan y la variedad de quienes los consumen; Baudelaire propone cinco, uno para cada situación; “El alma del vino” (1977, p. 123), en el cual al alma de este es quien da lucidez a quienes la buscan, da libertad a los espíritus oprimidos y vida a los muertos ciudadanos, ofrece lo que el hombre desea y sabe cuál es la droga que envicia a quien lo consume; la esperanza y el beneficio se hacen presentes brindando por lo que se anhela y no se posee:

Una noche, el alma del vino cantó en las botellas:  
“¡Hombre, hacia ti elevo, ¡oh! Querido desheredado,  
bajo mi prisión de vidrio y mis lacres bermejos,  
una canción colmada de luz y de fraternidad!  
Sobre la colina en llamas, yo sé cuánto se requiere  
de pena, de sudor y de sol abrasador  
para engendrar mi vida y para infundirme el alma;  
más, no seré ni ingrato ni dañino.

El vino sabe para qué fue hecho, la ilusión sabe cuál es su papel y el hombre se deja deslumbrar por la luz que brilla de él; actúa como un animal que por instinto sigue aquello que se mueve y le causa un estado de ánimo especial, el vino es como el oro que alienta al orfebre a desearlo, a buscarlo y convertirlo en ilusión, “Es así como a través de la humanidad frívola/ el vino arrastra el oro, deslumbrante Pactolo;/ por la garganta del hombre canta sus proezas/ y reina por sus dones así como los verdaderos reyes.” (“El vino de los traperos” 1977, p. 124).

El anestésico perfecto, la mejor manera de evitar la realidad, de evadir las responsabilidades es por medio del vino que aleja el alma del mundo y por ende de su miseria. En “el vino del asesino” Baudelaire plasma una situación muy propia de la modernidad y efecto del alcohol: “Mi mujer está muerta, ¡soy libre!/ puedo, pues, beber hasta el hartazgo./ Cuando regresaba sin un sueldo,/ sus gritos me desgarraban los nervios” (1977, p. 125), pero la descripción de esta situación real continua, nada es propio en el hombre si no aparece una justificación o una explicación del porqué de lo que se vive; porque el ser humano es de esos que siempre necesita justificarse, auto-defenderse o

sustentar sus acciones, por esto escribe: “estaba todavía bonita,/ ¡Si bien muy cansada! Y yo,/ ¡yo la quería mucho! He aquí porque/ le dije: ¡Deja esta existencia”. Todos por naturaleza buscamos justificar el quehacer y esto nos hace, en parte, más culpables de lo que sucede, haciendo posible con esto el hecho de que para Baudelaire el hombre sea un ser que se justifica, que tiene la capacidad para descubrir su error y por eso lo explica para disminuir la pena y aliviar su condena.

También existe el hombre que hace de su soledad una experiencia única, en donde el encuentro consigo mismo es en realidad y un enfrentamiento en el que la búsqueda por el triunfo hace del hombre un rey y señor del universo, razón por la cual se creería que el hombre hace lo que sea necesario por igualarse a su creador o poder ser idolatrado por sus acciones; es el hombre un necesitado de “ El vino del solitario” (1977, p. 127), con el cual pareciera no importarle nada, pero en el fondo necesita todo: porque la embriaguez con la bebida de los dioses es lo único necesario para alcanzar el triunfo y el orgullo que vence a la miseria:

La mirada singular de una mujer galante  
Que se desliza hacia nosotros como el rayo blanco  
Que la luna ondulante envía al lago tembloroso,  
Cuando en él quiere bañar su belleza indolente;

El último escudo de la talega en los dedos de un jugador;  
Un beso libertino de la flaca Adelina;  
Los sones de una música enervante y mimosa,  
Semejante al grito lejano del humano dolor,  
Todo eso no vale nada, ¡oh! Botella profunda,  
Los bálsamos penetrantes que tu panza fecunda  
Guarda, piadosa para el corazón sediento del poeta;

¡Tu le viertes la esperanza, la juventud y la vida,  
-Y el orgullo, este tesoro de toda miseria,  
Que nos vuelve triunfantes y semejantes a los dioses.

Con esta posibilidad embriagante surge el mundo imaginario que busca el hombre y este se lo ofrece a la mujer para compartir el placer a través del vino, el cual es a su vez peligroso y consolador; porque sirve para “ahogar el rencor” y recuperar la dignidad. Pero en este poema dedicado al vino, las cosas son un poco diferentes en relación con los anteriores, en este punto Baudelaire expone al vino en relación con la belleza, el placer y la plenitud completa del hombre; propone una adoración al esplendor y una conquista al delirio como camino para el torbellino de emociones que se está presto a vivir, porque no solo la desgracia por la guerra o el abandono generan miseria, sino que también la vive aquel que hace de sus pasiones una vivencia imaginaria. En “El vino de los amanes” (1977, p. 128) la embriaguez es compartida y la magia crea un idilio de amor que no será más que una ilusión:

¡Hoy el espacio muestra todo su esplendor!

Sin freno, sin espuelas, sin bridas.

¡Partamos, cabalgando sobre el vino

Hacia un cielo mágico y divino!

Cual dos ángeles a los cuales tortura

Una implacable calentura,

En el azul diáfano de la mañana

¡Sigamos hacia el espejismo lejano!

Muellemente mecidos sobre las alas

Del torbellino inteligente,

En un delirio paralelo,

¡Hermana mía, uno al lado del otro, navegando,

Huiremos sin reposo ni treguas

Hacia el paraíso de mis sueños!

Pero, ¿puede el hombre sostener esta dicha?, sin advertirlo o muy consciente de ello, el ser humano sabe de la momentaneidad de su éxtasis, y aun con ello decide vivirlo, reconociendo por sí mismo que el regreso a la realidad es más doloroso que la plena

conciencia de la misma, pero se arriesga a sobrepasarla, porque solo allí vive sus sueños y para hacerlo posible se esconde en el vino y solo así logra sentirse vivo, aunque para la sociedad este muriendo lentamente en medio de la embriaguez. Pero no todos recurren a la bebida, algunos simplemente viven en otro espacio y es el poeta, ese que se embriaga, quien está atento para describir lo que ve de otros, y por esto puede llegar a convertirse en un depravado, el cual extrae de su perversión la creación de sus versos y al mismo tiempo la destrucción de la sociedad.

Abandonemos el vino y arriesguémonos a mirar un poco más allá en la vida del hombre; observemos el momento en el que, en su proceso de destrucción, pierde el control de los anestésicos o “paraísos artificiales” y su vida se convierte en un hastío insoportable; analicemos como la ausencia del tiempo y la presencia de la angustia hunden con más ahínco al alma en el *Spleen*, ocasionando con esto una desesperación tal que es posible perderse en el intento de sobrevivir. Miremos el poema “La destrucción” (1977, p. 129), en donde es inevitable caer en el juego del caos y la locura, logrando con esto desviar al hombre, al poeta, de su inspiración y de la descripción de su realidad:

Incesante a mi vera se agita el Demonio;  
Flota alrededor mío como un aire impalpable;  
Lo aspiro y lo siento que quema mis pulmones  
Y los llena de un deseo eterno y culpable.

A veces toma, sabiendo mi gran amor al Arte,  
La forma de la más seductora de las mujeres,  
Y, bajo especiosos pretextos de tedio,  
Habitúa mis labios a filtros infames.

Me conduce así, lejos de la mirada de Dios,  
Jadeante y destrozado por la fatiga, en medio  
De las llanuras del Hastío, profundas y desiertas,

Y despliega ante mis ojos llenos de confusión

Vestimentas mancilladas, heridas abiertas,  
¡Y el aparejo sangriento de la Destrucción!

Es entonces una inevitable mezcla de lo cotidiano con lo tedioso lo que crea en Baudelaire una unión pasional y desesperada, un lazo que arrastra a los humanos al fondo de sus deseos y les permite llegar a la locura; es cuando necesitando ayuda se descubre en el orgullo un arma de sobrevivencia que lleva a subsistir, ya que argumenta no necesitar auxilio y mantener dominada su propia existencia, demostrándonos con esto que aun después de las adversidades o incluso en ellas, la negación de un estado de alteración es el primer salvavidas que el hombre usa para sentirse independiente y autosuficiente; “La Licencia y la Muerte son dos gentiles rameritas,/ pródigas de besos y ricas en salud,/ cuyo vientre siempre virgen y cubierto de andrajos/ en la incesante labor jamás ha procreado” (“Las dos buenas hermanas” 1977, p. 133). ¿Será acaso necesario que los males del hombre se multipliquen? Baudelaire resulta incoherente, si relacionamos todo el poemario con esta idea, ya que aunque en ocasiones lo deja entrever en sus líneas, también asume la postura de: reconocer la realidad que se vive y edificar la idea de que cada persona tiene su propia necesidad y con esto su propio actuar, cierto o no, el hombre moderno de Baudelaire se escondía para vivir lo prohibido o vivía públicamente lo prohibido y asumía el hecho de ser aislado de la sociedad, como le ocurrió en vida a él.

En todo este orden de ideas no se puede dejar de lado el hecho de que el hombre en el proceso de definir su destino dentro de una realidad, se ve enfrentado a su creador, a lo divino y a su propia vida; por esta razón se le hace necesario revelarse a sí mismo, porque la desesperación es tal que lo hace huir de su realidad y de su destino; creando entonces una lucha entre lo que se va a ser y lo que no se desea ser. Con esto el hombre aprende a engañar y a mentir, busca que adorar diferente a Dios para no sentirse regido por las normas y deberes religiosos, desea libertad: pero es esta quien lo lleva a un laberinto sin salida, sin más opciones que tal vez, la misma muerte.

Sin embargo el hombre siempre se encuentra un debate en sus decisiones, las cuales se conectan entre su ser y su realidad, generándole con esto una cadena imposible de romper. En el proceso de definir sus deseos surge una dualidad entre el deber y el querer, entre lo que sueña y lo que la sociedad le exige, para descubrir con esto que es “sujeto” de la moral de turno. El hombre se define desde su historia y al ser señalado de tal o cual manera, se enfrenta al hecho inevitable de ser juzgado; dando nuevamente paso al orgullo como un arma de defensa, la cual enceguece al hombre y lo lleva al delirio, el deseo de poder y la pérdida de conciencia crítica frente a sus actos:

Raza de Abel, duerme, bebe y come;  
Dios te sonrío complaciente.

Raza de Caín, en el fango  
Arrástrate y muere miserablemente.

¡Raza de Abel, tu sacrificio  
Halaga la nariz de Serafín!

Raza de Caín, tu suplicio,  
¿Tendrá alguna vez fin? (1977, p. 141)

En estas líneas Baudelaire nos presenta la imagen de un hombre hace elecciones, que se desliga del deber, que vive a su antojo y desde la envidia; un Caín que aún se hace presente una y otra vez en cada espacio en el que habita la humanidad. La imagen de este hombre maldecido por sus actos se percibe entre nosotros y Baudelaire no lo hizo a un lado, tomo la historia bíblica para afirmar, a su estilo, que la maldad entre los hombres existe y la maldición celestial también, Baudelaire plantearía la idea de que Dios da a cada persona lo que merece según la manera en la que ha utilizado su libertad y esto, por efecto, afecta a quienes lo rodean.

Pero no siempre el hombre actúa así, existe para nuestro poeta el que voluntariamente decide mirar otros horizontes metafísicos y opta por el camino que socialmente lo lleva a



Satán, “¡Oh tú!, el más sabio y el más hermoso de los ángeles/ Dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas, // ¡Oh, satán, apiádate de mí larga miseria!” (“Las letanías de Satán” 1977, p. 143), quien habla es el hombre en busca de un ser superior, sea cual sea, un ser que confirme su existencia, una creación de siempre y para siempre, alguien o algo que alivie sus temores, sus cargas y sobre todo su melancolía. El ser que recurre a otra dimensión y que con sus palabras se reconoce miserable y vagabundo, porque ha perdido el control de su vida y la relación con un Dios de amor que puede ayudar al alma a encontrar su Ideal, no como Satán que dará las armas necesarias para hundirlo más en la cárcel de la locura y el desasosiego; pero aun así el hombre nunca olvida sus raíces, porque su esquema mental lo hace adaptar realidades existentes a sus necesidades y continuando el poema, encontramos una oración así:

¡Gloria y alabanza a ti, Satán, en las alturas  
Del cielo donde tú reinas, y en las profundidades  
Del infierno, donde, vencido, sueñas en silencio!  
Haz que mi alma un día, bajo el árbol de la ciencia,  
Cerca de ti repose, a la hora en que sobre tu frente  
Como un templo nuevo sus ramas se desplieguen!

Con todo este torbellino humano de deseos, decisiones, acciones y opciones de creación, la finitud lleva al sujeto a anhelar el reposo, a buscar la salida para encontrar la muerte, claro está, esto de manera inconsciente, porque el hombre reta sus propios límites y camina al filo del fin y el inicio. Este reto se da en algunos aspectos principalmente, los cuales son relevantes en Baudelaire, el amor en “la muerte de los amantes”, la miseria con “la muerte de los pobres” y su propia realidad: “la muerte de los artistas”. El poeta decide afrontar lo que pone al hombre al filo de su vida y toma el amor, la pasión y el deseo como una atadura que solo es posible dejar después de la muerte cuando por fin tengan “lechos llenos de olores tenues, / divanes profundos como tumbas, / y extrañas flores sobre vasares, / abiertas para nosotros bajo cielos más hermosos” (“La muerte de los amantes” 1977, p. 144), y sobre todo la plena libertad para dar rienda suelta a sus pasiones. Y lo mismo pasa con la clase baja francesa, morir sería la solución a sus problemas, la mejor manera de

soltar el peso que hace vivir en la melancolía y la desesperación, “es la muerte que consuela, ¡ah! Y que hace vivir; / es el objeto de la vida, y es la sola esperanza/ que, como un elixir, nos sostiene y nos embriaga,/ y nos da ánimos para avanzar hasta el final” (“La muerte de los pobres” 1977, p. 145); es la muerte la esperanza de quienes hacen o les han hecho de su vida un completo infierno, es la única esperanza de vida y de humanidad. Y el artista, pobre artista; no puede quitarse de su frente el rotulo de rebelde, ese que lo hace diferente y por diferente aislado de la sociedad, por esta razón, el artista tiene dos caminos: se disfraza como alguien de la sociedad y dentro de ella llama la atención (*Dandy*), o se muestra libremente como es y afronta la responsabilidad social, política, económica, entre otros, de su decisión.

Además el hombre es y será siempre el responsable de sus actos y decisiones, aunque esta responsabilidad siempre se va a ver permeada por su propia raza, ya que al hacerse presente la envidia o el orgullo, se regresa al “estado natural” de Hobbes y se olvida la búsqueda del bien común, poniendo por sobre todas las cosas, incluso sobre Dios, la sed de poder; la cual se convierte en el arma más peligrosa cuando es conquistada por el sujeto equivocado, ya que puede ser un arma de destrucción. Es el poemario de Baudelaire, como lo han dicho muchos y como fuera la intención del autor, un recorrido por los males que rodean al hombre y lo conquistan desde sus más secretos deseos; es por esto que la lectura de estas líneas y el rastreo de su antropología es posible, siempre y cuando se lea desde una visión objetiva y se tenga presente que las letras de Baudelaire surgen en un París que afrontó la modernización y el mandato de una burguesía sin un manual de comportamiento bajo el brazo y donde primaron los derechos económicos.

Es el hombre para Baudelaire desde sus líneas, un actor en la constante salvación de su alma y al mismo tiempo un conquistador de pasiones que se hunde en el *Spleen*, porque a cada instante pierde su objetivo, se da a la pena y se rinde en los brazos de lo prohibido. Es el hombre un constante luchador, como ya lo dijimos anteriormente, entre el deber, el querer y en tener, porque sus sueños no van acorde con lo que la sociedad le exige.

Pero este recorrido por los poemas de Charles Baudelaire, más que pretender ahondar en las debilidades y realidades humanas, se realizó desde la mirada de los vínculos interpersonales que allí se perciben, ya que estos juegan un papel de gran significación en cuanto a la creación o rastreo del concepto antropológico. Todo gira en torno a la percepción de una experiencia, la cual se desarrolla desde un estado de interioridad que es en realidad la complejidad del fenómeno humano, ya que resulta necesario distinguir las experiencias internas del autor con las representaciones que desde su realidad crea y son utilizadas como canalizador de emociones, ya fuese de manera consciente o inconsciente.

En Baudelaire el cuerpo humano es un libro que expresa lo que interiormente se vive, aunque nuestra mente desee negárselo, porque aun en un poeta maldito francés es evidente la idea en la que Pascal plantea que “el corazón tiene razones que la razón no conoce”, y es cuando se da una negación del hombre frente a lo que siente y se genera en él un caos que produce un grado de inseguridad y esto a su vez trae la vivencia de la melancolía, en donde los aspectos que son destructivos para el hombre, visto esto desde su calidad de vida, pueden terminar produciendo sentimiento de bienestar, porque se llega al punto en el que se lucha por ideales individuales y cada experiencia permite al ser humano construir una vida más plena; aunque desde otros aspectos el hombre se esté entregando a su propia destrucción.

Con todo lo anterior, resulta evidente que Baudelaire da pinceladas de lo que para él significa el hombre, pero también es necesario de nuestra parte no dar un concepto definitivo ya que hablamos de un tema que atraviesa la historia de la humanidad y es casi imposible encerrarlo en una sola idea, la cual, si fuese necesario expresarla concretamente, diríamos que el hombre para Baudelaire es un sujeto que vive una eterna lucha entre: el lugar en el que habita su alma, el espacio que anhela o aspira y los lugares transitorios donde puede perder el dominio total de ella; es el hombre un sujeto que la sociedad esquematiza y simplemente ubica en un lugar del sistema, pero al mismo tiempo es un ente, el cual está sujeto al cambio, el desarrollo y a sus deseos más ocultos.

## CONCLUSIÓN

Poeta, escritor y actor de historias basadas en realidades ocultas en las esquinas de las frías calles de París, ese fue Baudelaire: el narrador de verdades que la industria pretendió ocultar entre el afán por el desarrollo tecnológico y la degradación del hombre, ya que este dejó de ser observado desde la perspectiva de lo humano, para convertirse en parte de la secuencia de infinitas producciones que buscaban crear un sinnúmero de inauditas necesidades, que a ciencia cierta no eran más que imaginarias.

Fueron Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire personajes indispensables en nuestra historia, porque iniciaron, sin vergüenza o temor alguno la elaboración de una descripción de la tragedia humana, tragedia que surge cuando se olvida el pasado o se vive de la melancolía, sentimiento que trae consigo un anhelo por lo tradicional, por lo propio y por lo que nadie puede robarnos: nuestras creencias y costumbres.

Con esta realidad inician estos autores un diálogo con la tradición, con el recuerdo que los ata al deseo de revivir lo que con el tiempo se perdió; esta tradición trae consigo pensamientos e ideas pasadas que procuran reconfigurar al hombre y hacerlo dejar atrás valores como la belleza, la verdad, lo justo, entre otros; todo esto con la finalidad de hacerlo, al hombre, aterrizar en el momento actual y atraparlo entre el consumismo y la maquinaria, entendido este consumismo como la carrera en la que, un sistema político y económico, desea meter a todos los seres humanos, dándoles con esto un poder adquisitivo que puede ser de carácter limitado para crear entre sí un guerra de poder o una lucha por el tener; y maquinaria en cuanto a la objetivación del sujeto o el remplazo de este por avances tecnológicos que no requieren más allá de una programación.

Es así como aparece el hombre, una entidad de ideas que se pierden con los años, pero son Poe y Baudelaire una fuente rica de propuestas, no tanto novedosas, pero sí conservadoras; que nos dejan como herencia el reconocimiento de realidades simultáneas, dentro de las cuales el nominalismo juega un papel de gran importancia, ya que este, sin necesidad de que rechacemos los universales, imponen una manera de pensar en la que la particularidad, en este caso de los hombres, es una riqueza única y poco valorada en la modernidad, pero que cuando logra conservarse, la particularidad otorga una gran cantidad de información que permite reelaborar las ideas y los supuestos que surgen dentro de nuevas teorías de pensamiento.

Frente a todo lo anterior, la filosofía no es ajena; la historia de poetas como Baudelaire y su contexto social brindan a las corrientes filosóficas información que logran nutrir sus argumentos, en este caso para sopesar el impacto de la Ilustración en el pensamiento del hombre, porque es este movimiento el que da primacía a la razón y deja de lado lo que ya hemos llamado tradición, y que no solo ocurre en Francia, sino también en América, ya que la influencia en Baudelaire por parte de Poe es tal, que permite re-crear también el escenario por el cual este último fue protagonista.

Hemos reconocido ya el espacio de los autores, sabemos a ciencia cierta que son similares y uno fue “maestro” del otro, pero ¿qué concluimos entonces de la concepción de ellos frente al hombre y en sí, frente a lo que ellos son: humanos? Recapitulemos la información adquirida y procuremos darle un sentido lógico, para así lograr entender al hombre como un actor de vivencias reales o imaginarias.

Iniciemos reconociendo que podríamos recorrer la historia desde la época antes de Cristo hasta nuestros días para ver al ser humano como una herramienta que con su quehacer va dando sentido a muchas entidades existentes externas a él y sobre todo nos sería posible observar como se ha encargado de continuar acrecentando su relación con la creación, ya que a cada instante deja vínculos establecidos en donde él se convierte en el principal motor para que este hecho tenga sentido; es decir, el hombre se da el gusto de

crear espacios en donde sus deseos hacen que la relación resultante se maneje según su conveniencia o necesidad.

En este sentido debemos reconocer que esta concepción es abortada por pensadores del estilo de Baudelaire, para quien el hombre no debería actuar desde el interés personal, sino desde el diálogo asertivo y solidario, el cual tiene el verbo “lucrarse” fuera de su eje central, entendido este verbo como una acción egoísta en la que se actúa pensando en lo individual y no desde lo colectivo, admitiendo que con esto vincularía en su cotidianidad a la misma naturaleza y su relación con lo otro; este intercambio con lo que rodea al hombre, permitiría continuar elaborando reflexiones que rememoran la tradición, teniendo presente la finitud y la temporalidad, como planteaba Ricoeur.

Así pues, el hombre tiene una característica importante para resaltar, y es la conciencia que posee frente al hecho de ser finito, es por esto que busca la manera de perpetuarse en la historia y no morir en el pasado, buscando hacer siempre grandes acciones para alcanzar el reconocimiento colectivo, el cual es otorgado por la misma masa que puede entrar en caos tras cualquier desestabilización social y darse con esto lo que a cada instante se vive: una lucha de poder que elimina a gran velocidad de la mente del hombre la idea de algo divino, por lo que se afecta su capacidad de respeto por el otro.

Con este orden de ideas, la posibilidad de modificación en el hombre es evidente, el deseo de cambio continuo lo controla y su sed por cosas nuevas puede ponerlo en un torbellino en el que nosotros no seríamos capaces de definirlo, porque no se logra vislumbrar el motivo de sus acciones y el interés que tiene tras sus ideas, ya que cree poder autorregularse y llega al extremo en el que pierde el dominio de sí y solo actúa por efecto de un sistema ya establecido y manejado por otros entes tan ciegos como él.

Es así como la persona pierde su reconocimiento como criatura que hace parte de una creación, pérdida que es evidente en la capacidad de dominio de unos sobre otros y en el actuar de otros bajo órdenes de quienes se asemejan a Dios; y Baudelaire era consciente de

todo esto, lo reconocía en su realidad y lo vivía en carne propia desde el momento en el que su padrastro deseó imponer su voluntad.

Pero todo no es guerra y destrucción, el hombre tiene capacidad de anhelar, de pensar en su pasado y de añorar lo ya vivido, aunque esta capacidad, en plena modernidad, se ve opacada por el miedo a los mismos recuerdos que pueden doblegar su firmeza y frialdad frente al otro; además está transitando por un momento histórico que no le permite vivir del recuerdo y por el contrario lo obliga a crear, es decir a ser creador de sus necesidades y al mismo tiempo, quien satisface las mismas, razón por la cual entra en la carrera del consumismo que lleva a muchos a perder todo, incluso su cordura y su vida.

Entonces el hombre es para su contexto el único que puede creer en lo que hace y confiar en lo que lo rodea, es él quien tiene la capacidad para identificar su espacio y controlar sus acciones, buscando con esto tener cierto poder sobre las consecuencias de las mismas para estar siempre en una constante carrera en la que busca huir de la muerte para lograr eso que para él será la cumbre de todo: el reconocimiento.

Baudelaire sabe qué hace el hombre en la sociedad y para demostrarnos que era posible cambiar los esquemas, decide modificar sus acciones dentro de los espacios en los que el comportamiento y los buenos modales son indispensables, mofándose de la realidad; y es con esto que nos da los argumentos para asegurar que de manera consciente el hombre asume su papel en la sociedad y es en este proceso en el que, si le falta carácter, lo absorbe el sistema; o si por el contrario, como lo hizo Baudelaire mantienen dominada la situación, llega al punto en el que es él quien puede sacar provecho de los demás.

Recopilemos entonces la idea de ese hombre que busca sobresalir de la multitud a costa de lo que sea, y descubrámoslo con el deseo de sentirse admirado y por tal razón genera en sí mismo la necesidad de un autocuidado para alcanzar mayor reconocimiento en el medio, razón por la cual la belleza empieza a ser otro punto clave en la conservación de lo humano. Hasta este punto debemos reconocer como Baudelaire recrea en sus poemas, de manera

enfática, sus emociones, acción que es propia del ser humano de la modernidad, el cual es modificado por la tecnología, el espacio social, la filosofía y otros ambientes en los cuales el individuo creó una grieta con el sujeto.

Todo lo planteado hasta este momento constituye en teoría los aspectos que son abordados por Baudelaire en su visión del hombre, pero lo que realmente puede dar una mirada más profunda es el recorrido que se elabora en el tercer capítulo, en el cual descubrimos como el hombre es modificado en sí mismo por sus acciones y permeados por el quehacer de los demás.

Por consiguiente es el hombre quien en su camino por esta vida, se define a través de sus actos y se hace concepto de una y otra manera, ya que es él quien asume la manera en la que va a enfrentar sus más bajos deseos y esto lo lleva a vivencias aún más profundas, generando en él un cambio en la manera en la que ve la realidad y por ende su propia vida.

Es todo este comportamiento y visión de Baudelaire, un efecto de las revoluciones que se daban en su época, porque el progreso frente a los conocimientos racionales era inevitable y la necesidad por el perfeccionamiento de la ciencia era evidente; se vivía un periodo en el que la burguesía tomó una fuerza y dominio incalculables y, aunque se procuró por mantener unos derechos tradicionales, la lucha por el poder llevó a revoluciones que cambiarían el destino para siempre.

Frente a todo este movimiento de poderes y desestabilización de lo tradicional, Baudelaire surge como un revolucionario y toma cada situación como una pieza clave para desmontar el hombre moderno y darle paso a su hombre del romanticismo, el cual sería regido por sus pasiones y deseos, vestiría a la moda para agradar y se entregaría por completo a un mundo de fantasías; es el hombre un animal que puede acabar consigo mismo y con mayor razón con los demás, pero que en momentos de lucidez puede hacer grandes aportes a una sociedad que se perdía entre el humo de las fábricas.



Baudelaire no necesitó el reconocimiento de los intelectuales de su época y jamás deseó pertenecer a la alta sociedad, porque sus ideales no eran los mismos y ellos solo hacían de la tradición hechos que en plena revolución eran parte de la historia, porque el centro del pensamiento era el progreso para que el hombre pasara de la irracionalidad al capitalismo y con esto a una supuesta independencia, pero en Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire se evidencia un hombre encadenado a nuevas ideas e incluso a contradicciones, porque aun tratando de reconocer que existe un ser creador, también se lo cuestionaban, entregándolo con esto a la confusión, la cual se convertiría en un arma para triunfar, tema que sería muy apropiado para analizar en una investigación futura: la relación directa en Baudelaire y el pensamiento de la ilustración.

Con todo este contexto lleno de dudas y afirmaciones, podemos decir que en Baudelaire la definición de hombre no tiene los límites que si poseemos nosotros para analizarlo, ya que no sabemos con certeza qué momento de su vida describe en sus poemas, pero sí nos es posible asegurar que ve al hombre en general como un sujeto que se encuentra atado a su destino, el cual está marcado por sus acciones y estas a su vez orientadas por el contexto social que es permeado por los cambios económicos y políticos que se encierran en el nombre de Modernidad y que hacen de lo humano un factor de beneficio para el cambio y el poder de adquisición y supremacía en relación con otros poderes. Así pues, desde Baudelaire era inmenso el valor que este le daba al hombre al aceptar sus debilidades y pintarlas con palabras, porque esto lo hace realmente humano y le permite reconocerse y describirse como un hombre que vive constante lucha por llevar al alma a un estado ideal, alejándola siempre del lugar en el que ella permanecía atada por las acciones, el *Spleen*.

## REFERENCIAS

- Baudelaire, Ch. (1846) Consejos a los jóvenes literatos. Recuperado de <http://www.razonesdeser.com/informes3/CONSEJOS.pdf>
- Baudelaire, Ch. (1977) Flores del Mal. Buenos Aires: EFECE. (Traducción: E. M. S. Danero)
- Baudelaire, Ch. (1988). EDGAR A. POE: SU VIDA Y SUS OBRAS. Edgar Allan Poe, 43-79. Recuperado de <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1343.pdf>
- Baudelaire, Ch. (1993). Cartas a la madre. 1833-1866. Barcelona: Grijalbo SA. Traducción, introducción y notas de Roberto Mansberger.
- Baudelaire, Ch. (1995) *Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos*. Madrid: Visor.
- Baudelaire, Ch. (2000) Obras Selectas. Madrid: Edimat libros
- Baudelaire, Ch. (2006, 23, Abril) Consejos para escritores [web log post]. Recuperado de <http://consejosparaescritores.blogspot.com/2006/04/charles-baudelaire-consejos-los-jvenes.html>
- Baudelaire, Ch. (2008) El Spleen de Paris, poemas en prosa. Recuperado de <http://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=RmopJFm7boAC&oi=fnd&pg=PA7&dq=el+spleen+de+paris+&ots=dAMS-zMJSE&sig=o3wn7HG8IDzwA9-AgdRS175IhKY#v=onepage&q=el%20spleen%20de%20paris&f=false>

- Benjamín, W. (1939) Notas sobre los cuadros parisinos de Baudelaire. Recuperado de <http://www.boletindeestetica.com.ar/boletines/Boletin.Estetica.2.pdf>
- Benjamín, W. (1972) *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Benjamín, W. (1992) Cuadros de un pensamiento. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/118428131/Cuadros-de-un-pensamiento-Walter-Benjamin>
- Benjamín, W. (2002) Filología y lingüística. 28 (1) 69 – 79. Recuperado de <https://apps.cla.umn.edu/directory/items/publication/301476.pdf>
- Blumenberg, H. (2011, Julio 1) ¿Qué es un ser humano?. La Nación. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1385143-antropologia-filosofica>
- Casillas, F. (2009, Enero 20) El afamado desconocido. El Mundo. Recuperado de <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/01/15/cultura/1232051214.html>
- Cortázar, J. (1973) *Edgar Allan Poe: Ensayos y Críticas*. El poeta, el narrador y el crítico. Madrid: Alianza.
- De Stefano, V. (1984) *Poesía y modernidad, Baudelaire*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación.**
- Flores, A. (2007) Por la vereda. Tegucigalpa: Litografía López.
- Gómez, R. (1953) Edgar Allan Poe. Buenos Aires: Losada S. A.
- González, E. (1978) Conversaciones con Cortázar. Barcelona: Edhasa

Gurméndez, C. (1989, Nov 30) La melancolía revolucionaria. El país. Recuperado de [http://elpais.com/diario/1989/11/30/opinion/628383609\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1989/11/30/opinion/628383609_850215.html)

Kavi, E. (2012) Charles Baudelaire. Dibujos y fragmentos póstumos. Madrid: Sexto piso.

Pérez, M. L. (2013) Cómo acercar la obra de Edgar Allan Poe a los niños de primaria. Campo abierto, 32 (2), 201-211. Recuperado de <http://revistas.ojs.es/index.php/campoabierto/article/download/2089/1653>

Poe, E. A. (1972) Eureka. Madrid: Alianza. (Prólogo y trad. CORTÁZAR. J.)

Poe, E. A. (1980) Edgar Allan Poe. Barcelona: Graficas Ltda. (Traducido por: Sánchez. A. & Revilla. F.)

Poe, E. A. (2001) Berenice. Recuperado de <http://espanol.free-ebooks.net/ebook/Berenice/pdf/view>

Poe, E. A. (2001) Narraciones Extraordinarias. Recuperado de [http://books.google.com.co/books?id=hKfDUupGtxUC&pg=PA15&lpg=PA15&dq=%E2%80%9C%5B%E2%80%A6%5D+de+cuando+en+cuando+me+asalta+de+improvisito+el+deseo+de+golpear+a+cualquier+imb%C3%A9cil,+simplemente+porque+me+repugna+dejar+creer+a+un+imb%C3%A9cil,+que+puede+golpearme+a+m%C3%AD%20%9D&source=bl&ots=88-LQ3Q75m&sig=dQUQbL5UO0KtaZs24RD\\_gY4QgXw&hl=es&ei=nbWYTaOIL5DfgQfe8uC7CA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=1&ved=0CBUQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=hKfDUupGtxUC&pg=PA15&lpg=PA15&dq=%E2%80%9C%5B%E2%80%A6%5D+de+cuando+en+cuando+me+asalta+de+improvisito+el+deseo+de+golpear+a+cualquier+imb%C3%A9cil,+simplemente+porque+me+repugna+dejar+creer+a+un+imb%C3%A9cil,+que+puede+golpearme+a+m%C3%AD%20%9D&source=bl&ots=88-LQ3Q75m&sig=dQUQbL5UO0KtaZs24RD_gY4QgXw&hl=es&ei=nbWYTaOIL5DfgQfe8uC7CA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CBUQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false)

Poe, E. A. (2006) El hombre de la multitud. Bifurcaciones, (6), 1-6. Recuperado de [www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones\\_006\\_reserva.pdf](http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones_006_reserva.pdf)

Rousseau, J. J. (1986) Las ensoñaciones del paseante solitario. España: Cátedra

Valverde, S. (2002) Poesía y filosofía: una lectura social de Baudelaire en Walter

Zapata, G. (2009) Ética, fenomenología y hermenéutica en P. Ricoeur. Recuperado de  
[http://www.clafen.org/AFL/V3/753-768\\_Zapata.pdf](http://www.clafen.org/AFL/V3/753-768_Zapata.pdf)